Memorias de Guatemala

Por Alberto Buscató Vázquez

A mi gran amigo Sebastián,
por enseñarme el amor a mi cultura
mostrándome el amor que él guarda a la suya.

Índice

Guatemala, el corazón del mundo maya 4
Día cero. De Madrid a Guatemala, por Miami 7
Primer día. Ascenso al volcán de Pacaya y llegada a Monterrico 11
Segundo día. Monterrico, la costa del pacífico 17
Cuarto día. El lago Atitlán 22
Quinto día. Los pueblos del lago Atitlán 26
Sexto día. La ascensión al volcán San Pedro 30
Séptimo día. Chichicastenango, mercados y chamanes 36
Octavo día. Las cavernas de Lanquín 41
Noveno día. Semuc Champey, el paraíso 45
Décimo día. De camino a Flores 48
Undécimo día. Huyendo de Flores: el Remate 49
Decimosegundo día. Tik'al: El eco de los espíritus maya 52
Del decimotercero al decimoséptimo día:
El Mirador: corazón de la selva de Petén 56
Día primero. El Tintal 60
Día segundo. Campamento El Mirador 63
Día tercero. Visita a El Mirador 65
Día cuarto y quinto. El regreso 68
Día decimoctavo. El manglar de Río Dulce 69
Decimonoveno día. Livingston: la cultura garífuna 71
Vigésimo día. Vuelta a Ciudad de Guatemala 73
Del vigesimoprimero al vigesimonoveno día:
Vida académica y cultural de la ciudad 75
La Universidad Francisco Marroquín 76
Escapada a Antigua 78
Cena típica con Sebastián 79
Trigésimo día. Los museos de Ciudad de Guatemala 80
Trigésimo primer día. Chi'gag: Ascenso extremo al Volcán de Fuego 82
Trigésimo tercer día. Regreso a España 89
Conclusiones 89

Guatemala, el corazón del mundo maya

Guatemala no es un país con tanta fama turística como otros países centroamericanos, sin embargo, presenta espectaculares lugares naturales y una cultura nativa muy interesante. Además, su escasa fama quizás sea una de las ventajas de este país, ya que no es un país masificado y todavía quedan restos genuinos de su cultura nativa. En cuanto te alejas de la capital te sientes lejos de todo, como si estuvieras en otro mundo, en contacto con la naturaleza, la vida sencilla y la cultura regional, la que pertenece a la tierra y no existe fuera de ella.

No sabía exactamente qué iba a encontrarme en Guatemala. Preparé el viaje con cierta antelación y sabía que iba a ver las ruinas de antiguas ciudades maya, pueblos indígenas y me rondaba la idea de ver magma saliendo de alguno de los treinta y ocho volcanes del país. Sin embargo, Guatemala acabó sorprendiéndome completamente y pronto me vi envuelto en una serie de aventuras y lugares que nunca olvidaré. Me he adentrado andando cien kilómetros en la selva en busca de ciudades mayas perdidas, he escalado tres volcanes, dos de ellos en activo, he dormido en medio de dos manglares, me he tumbado a descansar en el auténtico paraíso (en dos ocasiones), me bañé en dos océanos distintos, uno de arena negra y aguas enfurecidas, otro tranquilo y de agua dulce; y he estado en poblados y aldeas de varias etnias originales distintas.

Sin embargo, lo mejor de este país, sin lugar a dudas, es su gente. Tranquila, de buen corazón y buenas intenciones, están siempre encantados de ayudarte y hablarte de su país, lo cual siempre lo hacen con orgullo y una sonrisa. El carácter del guatemalteco es sencillo, en el mejor de los sentidos, como si estuvieran tranquilos por saber que están donde tienen que estar. Parecen alegres, felices. Además, presuponen una bondad en ti que, en mi opinión, muchos europeos no estamos a la altura. A su lado, parece que estamos siempre enfadados, desconfiando de todo el mundo y dando únicamente lo que recibimos, después de recibirlo, lo que hace enemistarnos con nuestra familia y nuestros amigos. Es gente agradable, suave. Como los colores de su bandera (blanco y celeste), como sus licores (la rosa de Jamaica y el quezalteca), la marimba (el instrumento nacional), los monumentos de sus ciudades… Parece que todo en este país es… suave, sin contrastes ni brusquedades.

El guatemalteco sabe darle importancia a lo pequeño. Se ve en sus gestos espontáneos, en su literatura, en su lenguaje… Recuerdo que, cuando conocí a un grupo de escaladores de volcanes, me preguntaban qué volcanes había escalado yo. Les decía que solo el San Pedro y el volcán de fuego y, mi amigo Sebastián, me recordaba constantemente que también había subido el Pacaya. *"¡Pero ese es muy chiquito!"*, decía yo. No podía comparar la hora de subida al Pacaya con las dieciséis o dieciocho horas

que requiere el volcán de fuego. Y no lo entendían. Bien hecho por su parte. *"Es un volcán igual, ¿no?"*, decían riéndose, extrañados.

Además, a pesar de ser un país pequeño, con cinco veces menos territorio que España, tiene una diversidad étnica muy grande, con gran cantidad de población nativa perteneciente a distintos grupos culturales, con costumbres e incluso lenguas completamente distintas. De hecho, en Guatemala hay veintiuna lenguas mayenses (descendientes de los mayas), una xinca (aislada del resto) y otra garífuna (de origen africano), además del castellano, que no es hablado por todos los habitantes y muchos la utilizan como segunda lengua. Esto dificulta enormemente la tarea de crear una unidad a partir de las distintas aldeas, pueblos y pequeñas ciudades.

La situación social y política de Guatemala es extremadamente compleja. Un gran porcentaje de la población es indígena (entre el 40 y el 70%, dependiendo de lo detallista que seas) y viven como indígenas, es decir, tienen sus costumbres, sus modos de vida tradicionales, visten y comen sus trajes y platos típicos… y tienen regímenes políticos propios, donde los asuntos de la comunidad se resuelven entre los sabios o consejos de ancianos que se reúnen un par de veces al año, en los casos más extremos. En la mayoría de comunidades, además de un alcalde "oficial" o estatal, tienen una organización nativa, con un representante elegido por el pueblo por sus propios métodos. La justicia se administra acorde a las costumbres propias de la organización nativa que sea, independiente del resto del mundo. El Estado guatemalteco trata de velar, en primer lugar (de manera indiscutible) por los derechos humanos y en segundo lugar (más discutible) por la constitución guatemalteca, pero los códigos civil y penal no rigen adecuadamente en los pueblos y aldeas. El Estado controla un par de ciudades grandes, como Ciudad de Guatemala o Antigua Guatemala, y poco más. Fuera de ellas, el concepto de "Estado" o "nación" quizás no funcione como en otros países y, de hecho, determinadas zonas de las grandes ciudades están controladas por grupos como las maras.

Por ejemplo, la selva de Petén, en el departamento de Petén, está controlada por la Cooperativa Carmelita, formada por los miembros del pueblo con dicho nombre que ronda los cuatrocientos miembros. Ellos se encargan de proteger y gestionar los recursos de la selva (organizando viajes turísticos, talando árboles de manera controlada, obteniendo productos vegetales como el chicle o la pimienta…) y así consiguen tanto

trabajo para los ciudadanos de Carmelita como dinero para financiarse los servicios mínimos que el Estado no proporciona (como el suministro de agua, servicio de bomberos y guardias forestales para controlar los incendios, seguridad, escuelas, hospitales…). El Estado ayuda cuando, por ejemplo, hay un incendio (incluso mandan al ejército si es necesario –algo que también harían otros países– y los servicios propios de la cooperativa no lo consiguen controlar) y manda a los profesores y doctores necesarios, pero la cooperativa tiene que construir las infraestructuras y pagar por servicios propios que se encarguen de pequeños incendios, de controlar la deforestación de la selva y, por ejemplo, cuando falta un profesor o varios doctores que el Estado no proporciona, se encargan ellos de ponerlos.

Por otro lado, Guatemala, igual que otros países de Centroamérica, es como viajar al pasado. Encuentras talleres de mecanografía donde los adolescentes aprenden a usar máquinas de escribir, cibers para conectarse a internet, televisión por antena que se ve fatal, móviles en blanco y negro, sin pantalla táctil y con más de un botón, coches viejos que forman enormes nubes negras cuando aceleran y gente vendiendo CDs de música y películas en formato físico. Incluso en la televisión ves series que aquí no se ven desde hace una década (como Bandolera o Aquí no hay quien viva).

Todo ello, unido a los increíbles parajes naturales da lugar a un país exótico cuyo descubrimiento merece la pena, sin lugar a dudas. Empecemos la aventura.

Día cero. De Madrid a Guatemala, por Miami

El viaje comienza en el país de origen cuando empiezas a prepararlo. Llevaba un año sabiendo que iba a ir este verano a Guatemala y un par de meses organizando todo lo que pude del viaje ya que hay mucha información, como los transportes (en este caso), que no puedes encontrar online. Los últimos días fueron un poco estresantes mirando sitios a donde ir, excursiones, información sobre hoteles… Y, al final, organizas el viaje a medias, dejando varios elementos a la improvisación.

En fin, que el día por fin había llegado y a las nueve ya estaba en el aeropuerto para coger el avión a las doce y diez. Acostumbrado a volar desde la T1, la T4 me resultó muy estresante. No tiene suficiente capacidad para la enorme demanda que gestiona. Los mostradores de American Airlines funcionaron bastante mal, con largas colas y malos modos, aunque estas pequeñas molestias no tendrían la menor importancia comparado con lo que me ocurriría después.

En el vuelo me entretuve leyendo a Miguel Ángel Asturias, uno de los grandes literatos del siglo XIX de Guatemala. Recomiendo su lectura a cualquiera que quiera entender el contexto guatemalteco de este siglo y las costumbres y lenguajes de su gente. Eso sí, ármense de paciencia para descifrar su vocabulario, ya que explota al máximo la versión más dialectal del castellano de Guatemala.

También leí algún artículo sobre los mayas y los indígenas guatemaltecos que me dejó alucinando. Más del sesenta por ciento de la población es indígena, descendientes de los mayas, y siguen conservando su esencia (valores, tradiciones, leyendas, vestimenta, artesanía…). Son auténticos mayas. Recuerdo haber estudiado en el colegio que las civilizaciones precolombinas se habían extinguido y, si bien es cierto que ya no viven en casas de madera pegadas a la base de una pirámide de sacrificios, ya que sus grandes ciudades están abandonadas, su gente sí que sigue viviendo en su cultura y transmitiendo sus valores, aunque dispersa por todo el país. Alucinante. Quizás conozca a un maya auténtico.

Con estos pensamientos en la cabeza llegué a Miami. Comienzo a escuchar esa llamativa mezcla de idiomas propia de lugares donde conviven dos grupos lingüísticos diferentes: *"excuse me, sir. Gracias"*. Hacía mal tiempo. Llovía con esa fuerza que solo existe en el trópico cuando embarcamos en el avión hacia Ciudad de Guatemala. Se colocó en la pista de despegue y comenzó a acelerar. Cuando parecía que íbamos a sentir el avión despegándose del suelo y esa típica sensación de gravedad aumentada, de repente escuchamos el silbido del viento en los alerones desplegados del avión y este giró hacia la pista de emergencia. El piloto decidió abortar el despegue. A los pocos minutos dijo por megafonía que la lluvia era tan fuerte que no se atrevía a despegar. Empezaron los problemas.

Estuvimos dos horas metidos en el avión (que aproveché para dormir, ya que en mi reloj interno debían de ser las doce de la noche). Nos bajaron del avión, diciéndonos que nos llamarían cuando pudiésemos despegar, si es que al final podíamos. Pocos minutos más tarde: *"el avión destino Ciudad de Guatemala, ha sido cancelado. Repito, cancelado"*.

¿Cómo que cancelado? Y yo… ¿qué hago? ¿Compro otro billete? ¿Me recorro 4610 km en autobús hasta Guatemala? Todo el mundo se dirigió a unos pequeños mostradores donde atendían este tipo de cuestiones. La gente empezó a llamar por teléfono a familiares que tenían en Miami, a buscar hoteles… Tardamos varias horas en llegar al mostrador, que aproveché para escribir un correo electrónico a los encargados del hotel que tenía reservado en Ciudad de Guatemala para esa noche. Sé que esto es una situación excepcional, pero considero que la aerolínea no estuvo a la altura de las circunstancias. Acabaron dándome un vuelo para el día siguiente, a la misma hora, pero como no había sido problema de la aerolínea, no ofrecían ninguna compensación ni nos pagaban una noche de hotel… Además, el hotel del aeropuerto estaba completamente lleno, por la cantidad de cancelaciones que se habían producido. Fantástico todo.

Lo más urgente, en estos momentos, era coger algo de comer. Eran las doce de la noche en Miami y en España serían como las seis de la mañana (y yo había dormido escasas dos horas). Fui a un *subway* a pedirme un bocadillo y me dijeron que no podía pagarlo con las tarjetas porque "estaban en euros". El hombre ha sido capaz de llegar a la luna pero no somos capaces de cobrar, en Estados Unidos, quince dólares de una cuenta europea. Fui a un cajero a sacar dinero y cuando volví me dijeron que un señor me había pagado el bocadillo. Salí corriendo a ver si le encontraba para devolverle el dinero y darle las gracias pero había desaparecido. Al menos, parece que hay gente dispuesta a ayudar en los momentos complicados…

Salí del aeropuerto a comerme mi bocata, feliz y jodido a la vez. Al salir del aeropuerto, el calor y la humedad de la calle en contraste con el artificial ambiente frío y seco del aeropuerto, sentí como si me hubieran dado un puñetazo en la cara. Las gafas se me empañaron en un segundo. ¡Qué calor! Estaba limpiándomelas cuando me crucé con una señora a la que se le cayeron unos bultos que transportaba. Muy salá me dijo: *"ayúdame papi"*. *"¡Madre mía! ¡Cómo pesa esto! ¿Qué lleva usted aquí?"*. *"Llevo ropa para Cuba"*.

Tras comerme el bocata y reflexionar sobre la situación y las dieciocho horas que me quedaban por delante, decidí preguntarle a alguien qué hacer. Encontré a un guardia de seguridad que había vivido varios años en Tetuán, Madrid, y me sintió como compatriota y se volcó en ayudarme.

- *Mira, aquí lo que hay para ver es la playa. Especialmente si tienes solo unas horas. La forma más fácil de ir es cogiendo el tren interno del aeropuerto que te deja en la estación. Allí coges el bus J (que es el exprés). También puedes coger el 150, pero es más lento. Intenta volver pronto que en cuanto amanece el tráfico es más lento de lo que te parecerá por la noche.*

Listo, ahí que vamos. Cogí el tren y, al llegar a la estación, pregunté a un policía para que me ayudase a sacar el billete (había varias máquinas, de tren y bus, yo estaba

cansado, las máquinas eran distintas a las que yo estoy habituado… no era tan fácil como parece, ¿vale?). Cuento esto porque me alucina la capacidad de los estadounidenses para resolver problemas. Me llevó ante la máquina apropiada, me preguntó que quería hacer, me sacó el billete del tirón y a otra cosa. Efectivo y rápido (y majo).

Mientras esperaba el autobús, me entretuve leyendo las marquesinas de la estación (no tenía mucho más que hacer) y me llamó mucho la atención la siguiente expresión: *"Sevis bis chak 20 minit"*. ¿Ein? Yo creo hablar inglés y, aunque me puedo perder con las expresiones coloquiales y dialectales, esto me parecía demasiado extraño. Además, no sabía que había varias lenguas en Miami. El caso es que, una vez que volví de viaje, busqué un poco en internet y encontré que esa expresión es del criollo haitiano, una lengua hablada en Haití, entre otros lugares. El concepto de lengua criolla me parece muy interesante y, aunque la RAE da una definición de ella en una acepción de "criollo", la definición de Wikipedia me parece más esclarecedora (las cosas, como son):

"es una lengua que nace habitualmente en una comunidad compuesta de personas de orígenes diversos que no comparten previamente una lengua, que tienen necesidad de comunicarse, y por ello se ven forzados a crear una nueva lengua con elementos de las suyas propias"

En fin, que acabé llegando a la playa de Miami. El tiempo era ideal (ya podía haber estado así hace unas horas): la temperatura perfecta, el agua excelente, de tonos azules y verdes, la tierra fina y blanca, el sol entre las nubes… *Miami beach*. Caminé un rato por la arena hasta tumbarme a descansar y ver el amanecer.

No podía haber salido mejor. Un día que no podía haber empezado peor, y que no tenía ninguna expectativa de mejorar, se convirtió en una oportunidad única para disfrutar de un lugar especial e inesperado. Tras pasar un rato en la playa, pasear y cansarme de ella, volví al aeropuerto tal y como vine.

Y, por fin cogí el avión a Ciudad de Guatemala. En esta ocasión despegó a la primera). El viaje empezó torcido y, aunque acabó mejorando, espero que esto sea para cumplir con aquello que dicen de que "lo bueno, se hace esperar". Descansé en el avión hasta llegar a Guatemala (en las últimas cuarenta y ocho horas había dormido dos). Por lo demás, Florida desde las alturas es espectacular. Está ya en la lista de futuros viajes.

Llegué a Ciudad de Guatemala sin problemas. Me sorprendió verla desde las alturas porque, a pesar de ser la capital, ves la pobreza en la que deben de vivir. Te das cuenta de que las casas no tienen ventanas, ni puertas, solo tienen un agujero en la pared para ventilar, y los techos son de uralita, esas placas onduladas color metálico. Los encargados del hotel que tenía reservado para el día anterior no tuvieron problema en cambiarme la reserva para el día siguiente y en mandarme un taxista para recogerme por cuatro dólares (los taxistas del aeropuerto estaban cobrando cuarenta y cincuenta euros). Parecía que la mala suerte se había ido, y que ahora el país me sonreía.

Primer día. Ascenso al volcán de Pacaya y llegada a Monterrico

Desayuné en el hotel por primera vez lo que se convertiría en una constante durante todo el viaje: huevos, frijoles, plátano frito y un queso extremadamente salado que funciona muy bien como sal (pero muy mal como queso a secas). Pregunté al recepcionista del hotel un par de cuestiones para continuar el viaje, y seguí sus consejos. En primer lugar, me recomendó cambiar los euros que tenía en BAM, pero como estaba cerrado los cambié en Banco Azteca a 7.6 quetzales por euro (de lo más alto que se puede conseguir, ya que en el aeropuerto te lo llegan a cambiar por la mitad… usureros…). En los billetes, además de personajes políticos importantes se puede ver, en una esquina, una imagen del quetzal, el ave nacional de Guatemala.

En segundo lugar, me recomendó dirigirme a lo que yo escuchaba como *"senmá"*, que resultó ser la Central de Mayoreo (CenMa), para coger un autobús para el Pacaya, que estaba entre Ciudad de Guatemala y Monterrico, mi destino final para hoy. Hay autobuses directos (desde el aeropuerto, por ejemplo) a Monterrico, pero salen muy temprano, son muy pocos y no te permiten parar en el Pacaya varias horas.

Cogí un taxi blanco en medio de la calle, algo que después me recomendaron por activa y por pasiva que no repitiese, pues algunos taxistas están vinculados con las maras y, como no sabes dónde vas, te acabas encontrando en una calle solitaria con un motorista al lado que saca una pistola, te golpea en el cristal y te dice: *"Móvil. Cartera"*. No fue el caso, pero poco después empecé a usar Uber, que funciona estupendamente (en la capital) y es más seguro. Hablé con el taxista durante el trayecto de sus hijos y de sus sueños. En un momento determinado me dijo que tenía *"armonía de ir a España"*, a lo que yo respondí con algo neutro, que pudiese significar cualquier cosa, para no desvelar que no tenía ni idea de lo que me estaba diciendo. *"Ahá, qué bueno"*, creo que dije. 50 quetzales el trayecto, un buen precio.

En el CenMa cogí el primer *chicken* bus, camioneta o sencillamente, autobús, de muchos que acabaría cogiendo durante el viaje. Son los típicos autobuses escolares americanos que, en lugar de conservar el amarillo estándar, están pintados con cientos de colores. En comparación con los autobuses turísticos, son un poco incómodos, especialmente si tienes que estar dentro varias horas, porque son pequeños (a mí no me cabían las piernas de ninguna manera, aunque es algo que me suele ocurrir en autobuses españoles, pero aquí chocaban contra una placa metálica del asiento delantero), no tienen reposacabezas

(olvídate de la posibilidad de reclinarlo) y suelen ir completamente llenos… Sin embargo, son muy baratos, hay buena temperatura en ellos con las ventanas bajadas (ya que en Guatemala siempre hace buena temperatura) e incluso tienen unas barras en el techo para colocar el equipaje. Por cierto, en estos autobuses te sientas donde puedas, te cobran cuando les parezca y parten cuando están llenos, pero sin embargo, parece que los trasbordos están muy organizados y que hay una gran cantidad de ellos, además de que son bastante puntuales, pues nunca he tenido que esperar más de cinco minutos para coger un bus, a cualquier hora del día (aunque a partir de las cuatro o las cinco de la tarde hay muchos menos, porque las carreteras son peligrosas).

Pregunté al ayudante del conductor, que es el que te cobra y llama a la gente cuando llega a un nuevo pueblo, y me hizo bajar en "el cruce", donde cogí otro autobús hacia San Vicente de Pacaya, un pueblo que, después de atravesarlo te deja en una carretera que termina en la entrada del Pacaya. El primer reto, el primer volcán, estaba cerca, pero este sabía que no era muy duro y era muy turístico. Excesivamente turístico.

Nada más llegar te piden 50 quetzales para entrar (por que sí) y te obligan a contratar un guía (porque si no, no pasas), que cuesta MÁXIMO 200 quetzales. Ojo al truco, porque te van a pedir 200 más una propina, y como "cita de autoridad" usarán un cartel que tienen allí colgado donde te especifican que lo máximo que se deben pagar es 200Q. 100 o 150Q podría ser un buen precio (si vas solo, ya que si vais en grupo no cuesta nada pagar 200Q y el guía al fin y al cabo vive de eso).

Comenzamos a subir con un hombre al lado, a caballo, que te ofrece el animal como transporte por un precio que no quise ni preguntar, ya que venía a eso, a subir

volcanes y, además, seguro que era caro (ya había pagado bastante con la entrada). Al principio, el Pacaya está cubierto de vegetación. El camino es sobradamente amplio y sencillo de subir (aunque hay algunas pendientes relativamente duras, especialmente si no estás en forma –como es mi caso–). Aquí nos adelantaron un grupo de israelíes que iban a caballo. Una chica parecía mirarnos por encima del hombro al guía y a mí, que íbamos a pie. Hay gente para todo…

De repente, llegas a una zona completamente desolada, cubierta por una lengua de piedra negra, fruto de una erupción anterior que ha quemado todo a su alrededor pero que, a día de hoy, se encuentra solidificada. Hay zonas donde el calor se filtra desde el interior del volcán y sale por las piedras, donde se pueden cocinar unos *Marshmellows* a los que el guía te invita (normal, con ese precio que has pagado…). En algunas zonas se pueden ver columnas de humo de azufre saliendo del suelo. Parece un escenario de película.

Por último subimos un poco más para tener acceso a unas vistas del valle y al lago Amatitlán, pero siempre nos mantuvimos lejos del cráter del volcán, bien porque es

peligroso (como te dicen) o porque no es fácil subir y los guías no quieren complicarse la vida. Desde ahí vimos a los israelíes de antes que, subidos a caballo, no podían acceder a la última cornisa. Antes nos miraban desde medio metro más de altura y ahora estaban a cincuenta metros a nuestros pies. Ya ves… la vida.

Bajamos por unas rampas de tierra por las que podías deslizarte cuesta abajo a gran velocidad. Acabas con los zapatos llenísimos de arena, pero bajas el volcán en unos pocos minutos. Esperamos en la entrada a que llegase el autobús y lo cogimos el guía y yo. Fuimos hablando por el camino, y me contó que él vivía en una aldea cercana, que en la última erupción del Pacaya, en el 2014 la lava que escupió el volcán a cientos de metros de altura sobre el cráter había llegado hasta su casa, arrasándola, y que él hablaba la lengua maya, el Quiché.

De camino a Monterrico

Me bajé en el cruce de nuevo y cogí el autobús más lleno que he cogido nunca. Era un *chicken* bus, con capacidad para unas cuarenta personas, pero íbamos alrededor de ochenta. No sólo los asientos estaban ocupados, con varias personas por cada banqueta, sino que todo el pasillo estaba lleno. Yo me quedé cerca del conductor, de pie. El ayudante del conductor, cada vez que llegaba a una parada, gritaba: *"¡libre, libre, libre! Vamos súbanse, ¡está libre!"*. Yo miraba las caras de agobio de quienes estaban sentados sobre un desconocido y con otro desconocido encima. Por suerte no subió nadie más durante el trayecto, aunque los comerciantes conseguían entrar y llegar hasta el fondo del autobús (no me preguntéis cómo)…

Llegar desde el cruce a Escuintla fue fácil, porque la carretera está en muy buen estado. De ahí coges un microbús a Puerto San José (preguntas solamente por "puerto" y te dejan donde necesitas), y de ahí a Puerto Iztapa. Tardas pocos minutos entre un sitio y otro y pagas unos pocos quetzales por cada trayecto. Pero luego, la carretera de Puerto Iztapa a Monterrico es interminable. Es un camino de tierra y se va parando cada dos por tres para subir o bajar a alguien. Al final, después de coger seis autobuses y viajar durante horas, se acaba llegando…

Por el camino empecé a ver tejados de hoja de guano, mientras recordaba los versos de Atahualpa Yupanqui (*"rancho tejao con maloja, vivienda del leñador"*). Los rasgos faciales empiezan a cambiar, asemejándose a los descendientes de maoríes, que colonizaron hace siglos la costa americana del pacífico. Otra etnia, otra cultura y otro ritmo de vida.

Monterrico es una zona muy humilde, con animales domésticos sueltos por todo el pueblo (gallinas, cerdos, perros…), casas sin ventanas ni puertas y con infraestructuras muy pobres. Sueles encontrarte a la gente tumbada en una hamaca en el pequeño porche que tienen delante de casa, donde suelen cocinar y hacer la vida diurna o barriendo con un gran cuidado las hojas y pequeños restos de madera del suelo, caídos de los árboles cercanos o traídos por las olas del pacífico. El suelo de tierra de los caminos continúa bajo los porches y se introduce en las casas de todos los convecinos. Sin embargo, mantienen no solo la dignidad, sino una admirable elegancia y una nobleza, incluso en la pobreza más dura. Los versos de Atahualpa resonaban en mi cabeza:

No sé si alguien habrá rodao
tanto como he rodao yo,
pero les juro, créanmelo,
que he visto tanta pobreza,
que yo pensé con tristeza:
"Dios, por aquí, no pasó".

Monterrico

Y, por fin, llegué al pacífico. Me sorprendió la fiereza del mar, con olas de varios metros de altura que traen todo tipo de restos de árboles, cocos, hojas de palmera… Las playas son de arena negra, originadas en las decenas de volcanes que pueblan Guatemala. La costa está llena de hoteles y restaurantes de todo tipo y, si estás en la temporada adecuada, puedes ver el desove de las tortugas marinas. Cuando el sol está en su cenit, las olas tienen más fuerza todavía, saltando de rabia tras chocar contra el suelo, y levantando un espray de agua salada que se dirige inmediatamente hacia la costa.

Cogí una habitación compartida (donde acabé estando solo) en el *Jonny's place* por 120 quetzales. Es un sitio cómodo, tejado con guano, cerca de la playa, con piscina y hamacas, pero un poco ruidoso para mi gusto. Cené algo en el hotel y a dormir, que había sido un día larguísimo, pero ya estaba en Monterrico y había subido el primer volcán. El viaje ya había comenzado al cien por cien.

Segundo día. Monterrico, la costa del pacífico

Salí de la habitación y me sorprendió el impresionante olor a mar, a sal, del que no me había dado cuenta la noche anterior por el cansancio. Fui al pueblo y desayuné en un restaurante de la calle principal: frijoles, huevos, plátano y queso (esto me suena). Apalabré con el camarero volver por la tarde a almorzar pargo (*"el mejor pez del mar"*, según él) y hablar con un guía, Sergio, que me él mismo me recomendó, para visitar el biotopo Monterrico-Hawaii. Caminé por el pueblo de camino a la playa hasta entrar en una tienda de recuerdos, donde compré un sonajero de conchitas de mar para colocar cerca de la puerta y escucharla cuando se abre.

El plan en Monterrico era descansar, ya que el viaje iba a ser duro y estos serían los únicos días de playa que tendría, así que decidí tumbarme en un chinchorro, y descansar con su bamboleo, entre paseos esporádicos por la playa, disfrutando del rugido de las olas rompiendo en la costa, del olor a sal y de ver a las gaviotas jugando sobre las olas.

Por la tarde salí a cumplir con mi palabra y me pedí un pargo para almorzar y un licuado de papaya. Estaba bueno y bien cocinado. Hablaba con el camarero mientras preparaban mi plato y me contó que tenía gallos de pelea, lo cual me cuadraba con la gran cantidad de gallos de grandes dimensiones que veía por el pueblo. Me contó que había muchas de estas peleas, que no estaba seguro de si eran ilegales o no, pero que allí se hacían mucho. Por último, me dijo que tenía un gallo *"de a 500"*, mientras me miraba como preguntándome una opinión sobre ello. Yo, que pocas veces he visto una gallina, pero no quería ser borde, le respondí neutro, pero en positivo: *"¡ah bueno! No está mal"*. Sonrió y miró al frente, como reflexionando sobre mi comentario, pero orgulloso. Parece que acerté. Poco más tarde vino Sergio, un guía con el que apalabré hacer un tour a la mañana siguiente para visitar el biotopo por 60 quetzales.

Mientras volvía al hotel, empecé a pensar que esos carteles de "Tortillas 3 tiempos" que se veían por todos lados no debía de ser una franquicia, porque estaban en sitios muy dispersos. Me acabaría enterando de que esas tortillas de maíz que ponen en absolutamente todas las comidas, se llaman así porque se usan para desayunos, almuerzos y cenas. El primer día piensas: *"¡qué pesaos son con las tortillas estas! A todas horas*

comiendo tortillas… ¡por favor!" A las pocas semanas te encuentras a ti mismo mirando a una camarera mientras dices: *"¡dos más, por favor!"*

Cansado de la hamaca y conociéndome (no aguanto un día entero sin hacer nada) salí a pasear por la costa. Sin destino ni rumbo. Como diría Facundo Cabral: *andar y andar, siempre andando. Nada más que por andar.* A los pocos minutos me encontré a un chiquillo, de siete u ocho años, que se puso a andar a mi vera mientras preguntaba: *"¿a dónde vas?"* Buena pregunta… pensé. Le contesté con un vago *"pa allá"*, mientras señalaba hacia el horizonte que teníamos delante. No dejaba de ser verdad. *"¿De dónde eres?"* Esta, esta sí que me la sé: *"de España. Y ¿tú?"*. *"De aquí, del mismo Monterrico"*.

Estuve hablando con él unos minutos mientras le acompañaba a su destino. Alguien le había engañado diciéndole que los billetes de avión a Europa cuestan alrededor de treinta mil dólares y que aquello es el paraíso. Quizás algún turista medio borracho le pareciese gracioso hacer creer a un niño que estaba en un lugar del que cualquiera quería salir, pero que no iba a poder. Intenté quitarle tantos pájaros de la cabeza como pude. *"Cuando seas mayor trabajarás y podrás pagarte un boleto a España, ya lo verás. Mi boleto costó unos seiscientos dólares, eso se puede ahorrar poquito a poco"*. Sonrió un poco.

"Allí ¿hay basura en las playas, como aquí?", me preguntó. *"¡Claro! Y mucha más. De hecho, si te fijas, aquí no hay basura. Hay restos de hojas de palmera, cocos y pequeños troncos que trae el pacífico (a saber de dónde). Pero no hay basura, no hay plásticos o colillas."* De repente me fijé en sus botas vaqueras con aspecto de piel de serpiente y terminadas en un pico que parecía infinito. *"¡Qué botas más chulas!"*, exclamé. *"Sí… son mías"* me dijo con orgullo y un poco de vergüenza. Le dejé en un chiringuito de playa donde vivían sus padres y continué andando.

Por la noche salí a caminar por la "Calle Principal" del pueblo (casi la única que hay). La gente está siempre en las calles, tanto turistas como la gente del pueblo, tomando algo, escuchando música o paseando entre puestos de artesanía y de comidas caseras. Es un lugar turístico, pero sin turismo. Hay muy buen ambiente. Me pedí dos dobladas de carne (empanadas) y unos frijoles cocidos con arroz, que fue la peor idea que se me pudo ocurrir, porque me moría de calor. No quería ser borde dejándome el plato de frijoles que me sirvió la misma cocinera, no quería que pensase que no me gustaban… No estaban malos, pero es que hacía tanto calor… y los frijoles estaban tan calientes… y el plato era tan grande… Al final llegué a una especie de compromiso: comí lo suficiente para que pareciese que los había disfrutado, pero dejé todo lo que pude. El resto, descansar.

Tercer día. El manglar de Monterrico (y regreso)

Había quedado a las cinco de la mañana con Sergio, el guía que iba a enseñarme el manglar y había programado la alarma para las cuatro y media. Me desperté de golpe a las cinco menos cinco, así que tuve el tiempo justo de tomarme la pastilla de la malaria, echarme todo el anti mosquitos que pude, ponerme una camiseta y salir corriendo a la puerta del hotel, donde me esperaba Sergio. Aun así, llegué puntual.

Sergio me esperaba con un palo de varios metros de largo de mangle blanco, que usaría más tarde como remo. Fuimos andando hasta el embarcadero, donde nos montamos en una pequeña barquita que una amiga mía llamaría "cáscara de nuez", y nos adentramos en el manglar.

A los pocos metros empezamos a ver garzas blancas, ninfas, juncos… incluso vimos una iguana que Sergio pudo distinguir a casi cien metros de distancia. Me habló sobre el mangle, un árbol que prolonga cientos y cientos de sus ramas hacia el agua, convirtiéndolas en raíces cuando tocan el suelo y llegando a tapar los caminos, pero proporcionando una madera muy buena para los vecinos de Monterrico, ya que el mangle rojo se utiliza para el soporte de los techos de hoja de guano y el mangle blanco se usa como remo, ya que resiste mucho al agua.

Llegamos justo a tiempo a una zona especialmente bella para ver el amanecer. Había varias personas esperando que habían sido más madrugadores, pero nosotros llegamos a tiempo. El sol apareció al fondo, entre los volcanes y las nubes, sobre los juncos y las garzas blancas, reflejándose en el agua tranquila del manglar.

Ya a la vuelta, nos metimos por unos canales secundarios del manglar, entre la vegetación, prácticamente sobre ninfas que tapaban el camino. Las raíces de los mangles estaban por todos lados. Me despedí de Sergio y recogí mis cosas en el hotel para poner rumbo, de nuevo, a la capital.

Como no pude coger un autobús directo, me enfrentaba otra vez a la interminable cadena de trasbordos. Desde el primer momento fui escuchando reggaetón, que está, literalmente, por todos lados. Te lo meten en vena… El primer día estás: *"¡Qué asco de música! ¡Qué vergüenza! ¡Vaya visión de la mujer!"*. A los dos días de escucharlo a todas horas, inconscientemente piensas: *"si tu novio te deja solaaaa"*. Aunque en el fondo sigues pensando lo mismo sobre esta música…

De vuelta en el CenMa, dado que no tenía internet con el que llamar a un taxi, cogí uno de los taxis blancos que se venden como "oficiales" y seguros por 70 quetzales. No conseguí bajar más el precio, a pesar de que al principio me pedía alrededor de cien quetzales y me hicieron la típica táctica entre taxistas: cuando tú ofreces un precio, se quedan pensando unos segundos, miran a otro taxista que pase por ahí y le preguntan a él: *"dice que me da cincuenta por ir a la zona diez"*. El otro taxista, sin

pensárselo dos veces, niega fervientemente y dice: *"yo por ese dinero no iba"*, lo cual utiliza el primer taxista como argumento de autoridad indiscutible para pedirte más dinero. En fin, que te timan y ya está. Lo dicho: Uber.

Cuarto día. El lago Atitlán

Dispuesto a llegar hoy al lago Atitlán, cogí (ahora sí) un Uber hacia el CenMa, pensando que podría ir desde ahí. Empecé a hablar con el conductor, muy majo, y me dijo que, si quería ir para el occidente (donde está el lago), estaba yendo al lado equivocado, así que me llevó a la Guardia, "en el área del trébol", me dijo. Me dejó en la parada por la que pasó el autobús en dirección a Quetzaltenango a los pocos minutos. Todo por unos 35 quetzales… ya ves.

El autobús te deja en "El Encuentro" por 20 quetzales. Por el camino va subiendo una serie de personas de lo más dispar a pedir dinero. Entre ellos, varios vendedores de chucherías y chocolates, un evangelista que después de leerte un fragmento de la biblia y prometerte que la venida de Cristo está cerca te pide la voluntad, un policía que sube recitando los logros de su pequeña comisaría mientras pasa una hucha y una pareja de antiguos mara que llevaban una estrategia de marketing duro: mientras la mujer atravesaba el autobús con malas maneras, empujando y mirándote mal si no les das dinero, el hombre decía algo así:

"no vamos a huevearles como hacíamos antes. Éramos maras, robábamos y atacábamos a la gente y nos reíamos de nuestras fechorías. Ahora somos honrados y no queremos volver a eso, pero necesitamos su voluntad".

En El Encuentro me bajé y subí a otra camioneta prácticamente en marcha, en dirección a Sololá. Tres quetzales. En Sololá repito el proceso hacia Panajachel, por otras tres monedillas. El miedo que no sentí ante los maras durante todo el viaje lo sentí bajando esa carreterita que conecta Sololá y Panajachel en un *chicken* bus a la velocidad del diablo. El autobús parecía que iba a volcar en cada curva, precipitándose por el acantilado que lindaba con la carretera.

Llegando al lago Atitlán, empiezas a encontrar carteles de *"azados de carne"*, de hombres que *"acen pozos"* o mujeres que ofrecen "*trensas naturales"* (no vas a encontrar hombres haciendo trenzas ni mujeres escavando pozos en esta zona). Al principio te impacta, pero al poco tiempo te hace pensar… Nunca he sabido cuál es el castellano correcto.

Por fin llegué a "Pana", y bajé la calle Santander hasta encontrar un restaurante donde comí por 35 quetzales: un filetito de ternera, frijoles, guacamole y tomate, con un jugo de piña. Continué bajando la calle hasta llegar a la orilla del lago Atitlán a observar el espectáculo que me dejó sin palabras. No sé si es el silencio y la quietud del lago, la inmensidad de los volcanes al fondo o su combinación, que da la sensación de una inmensidad cerrada, lo inabarcable abarcado, pero sé que es, sin lugar a dudas, belleza en estado puro.

Ya en Panajachel, con toda la tarde por delante y sabiendo que me iba a enfrentar a retos físicos muy duros a lo largo del viaje, decidí ir andando hasta Santa Catarina de Palopó, que está a cuatro kilómetros con un pequeño desnivel, para ir preparándome físicamente. A medida que me acercaba al pueblo empecé a escuchar una serie de gritos

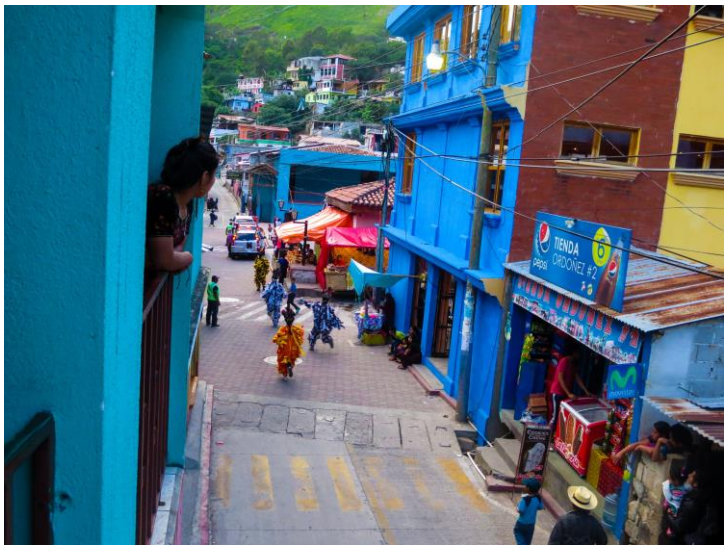
de niños, como si estuvieran jugando, pero parecían demasiados… es como si decenas de niños estuvieran gritando a la vez. Además, al divisar el pueblo, todavía de lejos, vi que todas las casas carecían de ventanas y puertas, lo que unido a los gritos daba una sensación verdaderamente grotesca.

Santa Catarina de Palopó

Santa Catarina de Palopó es un pequeño pueblo que conserva gran parte de su encanto. Tiene apenas una calle principal, con una pequeña placita delante de una iglesia y unas cuantas decenas de casas entre estrechas callejuelas. En la calle principal hay mujeres vendiendo artesanías, tejidos hecho a mano, ropas y dulces tradicionales, además de mantener su lengua original, el quiché.

Nada más llegar al pueblo me rodearon unos personajes que cubrían su rostro con unas caretas de madera y vestían unas ropas con cientos de flecos de color amarillo o blanco. Decían ser leones e iban por la calle asustando a la gente, lo que me explicó de dónde venían los gritos de las decenas de niños que había en la calle y que escuché desde las afueras del pueblo (menos mal…). Resulta que el veinticuatro y veinticinco de Julio son las fiestas del pueblo, y los leones y los bailes de los negritos recorren las calles por la noche. Los niños más valientes tienen que sorprender al león por la espalda y tirarles del rabo, lo que desata la furia del león, que persigue al niño golpeándolo con un palo o un periódico (con suficiente fuerza como para que se piensen dos veces antes de coger la cola del león de nuevo). Los negritos son grupos de niños que salen con vestidos antiguos y máscaras negras, bailando en círculos. En la plaza central del pueblo, tres niños tocaban la marimba, el instrumento típico de Guatemala.

Llegué al hotel Villa Santa Catarina y pregunté por el precio de una habitación individual. Cuando me dijeron que costaba 104 dólares por noche se me escapó una carcajada, me di media vuelta y me marché. A unos quince metros de la plaza central, siguiendo la calle en dirección contraria a Panajachel encontré la posada Santa Catarina, donde por 30 quetzales (unos cuatro euros) tienes una habitación individual con baño privado. Cierto es que el agua caliente funciona regular (por decir algo) y que por las



tardes suele acabarse el agua y tienes que avisar a la casera (la de la foto) por señas (ya que no habla español) para que abra un depósito de emergencia. Además, al parecer, la llave de mi habitación se había perdido hace tiempo y solo se podía abrir desde dentro, por lo que dejaban una ventana abierta por la que meter un brazo para abrir la puerta. Más que inseguro, me pareció gracioso. Pero vamos, que no pago 104 dólares por una habitación en este pueblo (ni en ninguno otro)…

Salí a dar una vuelta por el pueblo, para ver a los leones y los negritos. Los niños se sorprendían al verme, me miraban extrañados por mi aspecto y se reían. Señalándome, uno me gritó: *"¡negrito!"* y tres niñas se pusieron de acuerdo para, desde un balcón, gritarme al unísono: *"¡ladino!"*. Estaban poco acostumbrados a ver a alguien que no fuera un indígena, quizás los más jóvenes nunca hubiesen visto a alguien con mi barba. Guatemala profunda…

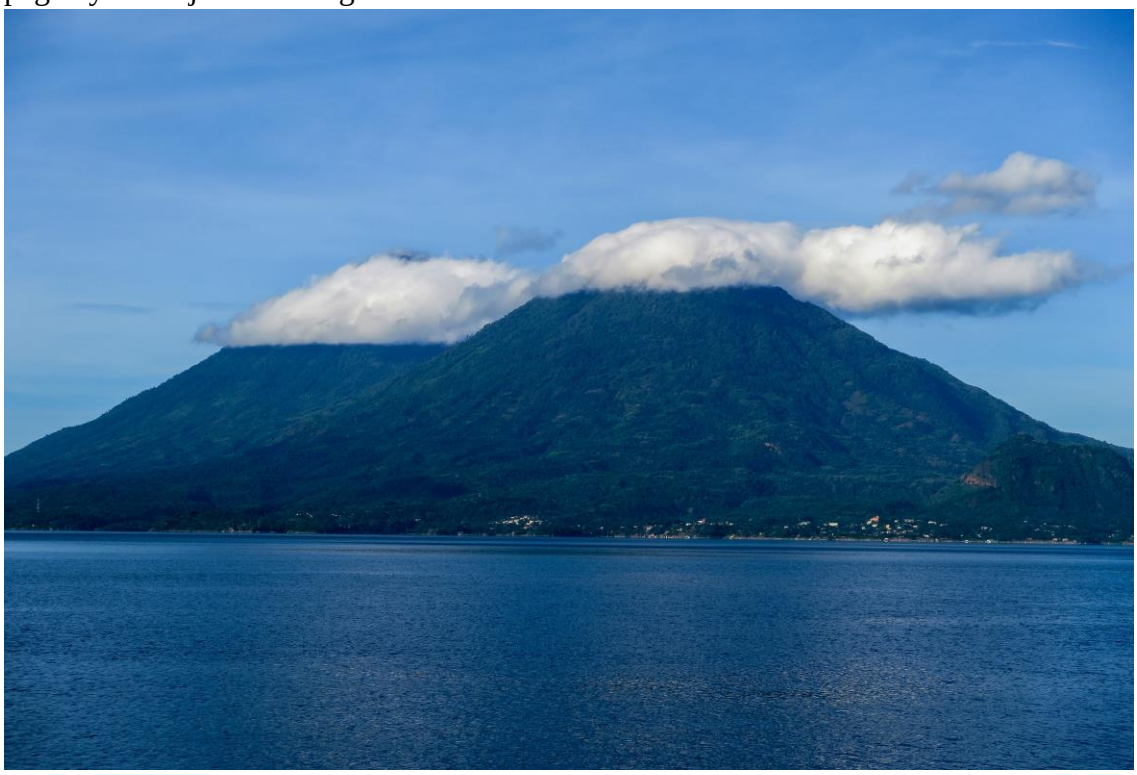
En fin, después de coger tres autobuses, andar varios kilómetros y dar varias vueltas por el pueblo, decidí comer algo en un *"pollo superrapidito"* (una cadena de restaurantes con estética estadounidense pero productos guatemaltecos, principalmente pollo) e irme a dormir. Mañana, a disfrutar del lago.

Quinto día. Los pueblos del lago Atitlán

Hoy estaba decidido a conocer varios pueblos de alrededor del lago. Desayuné en un restaurante cercano, que tenía varias mesitas en un primer piso decorado muy humilde y cuidadosamente. Huevos con tomate y cebolla, arroz con zanahoria, queso salado y un café por dieciocho quetzales.

Santiago de Atitlán

Desde Santa Catarina no salen lanchas públicas, así que tuve que coger una camioneta a Panajachel y, desde ahí, una lancha a Santiago. Había leído en algún blog que estas lanchas costaban entre tres y diez quetzales, así que me sorprendí cuando me pidieron 25… Decidí preguntar a los nativos que estaban ya en la barca y me dijeron que costaba quince quetzales el viaje. Tras discutir un rato con el capitán de la embarcación, me dijo que costaba quince para los nativos, pero 25 para los extranjeros. Eso me sentó como un tiro. No solo me parece caro, sino discriminatorio. Uno se toma la molestia de salir de su zona de confort para ir hasta el fin del mundo para conocer otra cultura, metiéndose en sus profundidades, para saber, en un futuro, las necesidades y las bondades de este país y defenderlas a capa y espada, para que te timen en las tiendas, te engañen en los taxis y, encima, te cobren oficialmente más. Los mosquitos, la ausencia total de carreteras, el calor y la humedad infernal me dan igual, pero este tipo de cosas me quitan las ganas de viajar. En los 35-40 minutos que duró el viaje se me pasó el cabreo, así que pagué y me bajé en Santiago de Atitlán.



Desembarcas en una calle comercial de Santiago, que tiene tiendas de artesanía, tejidos, cafeterías, puestos de frutas… Paseé por ahí un rato y me tomé un café en un sitio con Wi-fi (ya que en Santa Catarina es difícil encontrar internet) para poder hablar con la familia. Continué calle arriba hasta que me paró un guía que quería llevarme a ver a Maximón. Me pidió 150 quetzales, lo cual le dije que era una vergüenza, porque lo pensaba realmente. Se rio, sorprendido por mi indiscreción pero de acuerdo con mi mensaje. Acabamos apalabrando 50 quetzales que, aunque era más caro del trabajo que requería (con 30 quetzales habría estado bien), no era abusivo. Me llevó entre callejones hasta una casa en la que se encontraba un dios que respiraba paganismo por todos lados.

Un chamán (*ajq'ij*) rezaba en alguna lengua nativa por las peticiones de un agricultor que había llevado tabaco y alcohol como ofrenda. Maximón fumaba uno de los cigarros que le había llevado el agricultor, a través de una máscara que impedía que se viera su rostro ya que, como me dijo el guía, como defiende J. Sánchez Nogales y como le ocurre a Athelstan en Vikingos: *"al ver el rostro del misterio, uno muere a los pocos días"*.

Pasé a ver la iglesia del pueblo que estaba completamente decorada con banderas de España e imágenes de caballeros, ya que estaban celebrando la festividad de Santiago apóstol. Todo el pueblo estaba en fiestas, y las calles estaban llenas de mercados de artesanía y puestos de comida, donde pedí algo de pollo con frijoles que comí ahí mismo.

San Pedro la Laguna

Pagué otros 25 quetzales para llegar a San Pedro la Laguna, otro de los pueblos a las orillas del acantilado. El pueblo no tiene gran cosa, es tranquilo, con muchos restaurantes y cafeterías, pero sin mayor interés. Estuve escudriñando todas las esquinas del lugar, paseando entre sus calles y tomando algo en una cafetería, hasta que decidí ir a las orillas del lago y darme un baño. Este lugar es increíble.

Ya de vuelta, cogí una lancha a Panajachel (otros 25 quetzales) y pude ver y sentir la presencia de Xocomil. En cachiquel, *xocom-il* significa *"recoger los pecados"*, y es el nombre que le dan los habitantes del lago al fuerte viento que se forma todas las tardes y levanta unas olas que, al atravesarlas en una pequeña lancha rápida se sienten estupendamente en los riñones. Como si de una confesión comunitaria se tratase, Xocomil limpia de pecados, todas las tardes, el alma de los habitantes del lago. Quizás por eso parezcan dormir tranquilos.

Finalmente llegué en camioneta a Santa Catarina y estuve viendo de nuevo el baile de los negritos y los leones. Para terminar el día fui a cenar al mismo restaurante en el

que desayuné y pedí un pescado blanco (que así llaman a los peces del lago, que son enanos pero muy ricos) y una horchata (¡¡!!) que no es horchata (☹), aunque se le parece en el aspecto, nada tiene que ver el sabor, es una bebida hecha a base de arroz con un sabor… digamos… rancio y penetrante.

No tenía pensado nada para mañana, pero quería pasar un día más en lago Atitlán (para partir hacia Chichicastenango en jueves, ya que es cuando la ciudad está más activa) así que fui a un ciber (de esos donde te dan acceso a internet por unos cuantos céntimos) y empecé a buscar. Seguía con la idea de realizar la ascensión al volcán de fuego pocos días más tarde, que me habían comentado que era dura, así como la visita a Mirador, por lo que quería hacer algo que requiriese esfuerzo físico para ir entrenando (remedios de última hora…).

Las primeras recomendaciones que encontré se referían a los volcanes que rodean el lago Atitlán: el volcán Atitlán, el Tolimán y el San Pedro. Este último parecía ser el más sencillo y las vistas, al parecer, eran espectaculares. Estuve un tiempo pensando, planificando y haciéndome a la idea (yo necesito reposar durante mucho tiempo los planes, aunque tenga claro que los voy a hacer, como bien saben todos aquellos que han intentado hacer que me una a un plan a pocos minutos de que este empiece) y decidí partir al día siguiente para el volcán San Pedro. Así que a dormir.

Sexto día. La ascensión al volcán San Pedro

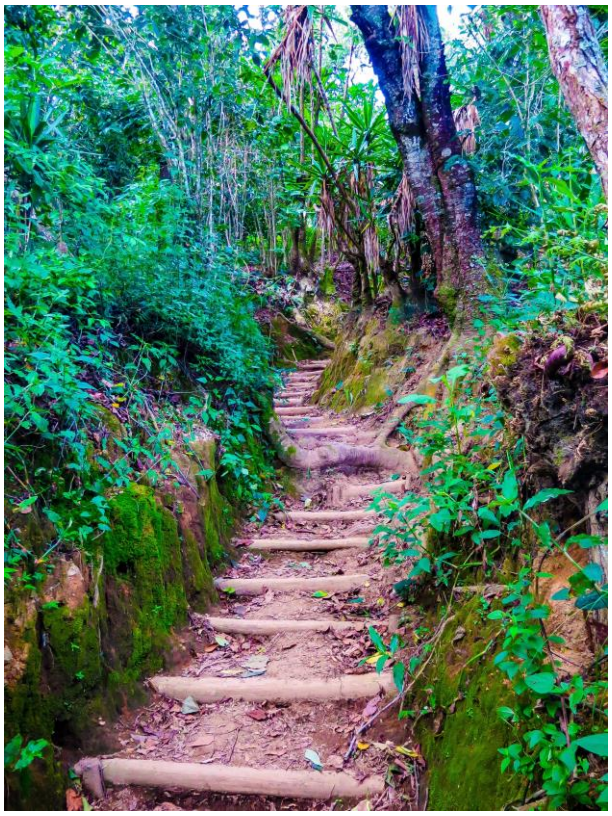
Me desperté a las cinco de la mañana para ir temprano al volcán y aprovechar el fresco, lo cual fue completamente inútil porque hasta las seis no pasan las camionetas por Santa Catarina. Los restaurantes tampoco abren hasta dicha hora así que, después de preparar la mochila con agua, la cámara de fotos y poco más, me quedé en la calle esperando un rato. Un buen rato. La primera camioneta de la mañana pasó a las seis o seis y cuarto, poco importa. Por tres quetzales llegué a Panajachel y fui andando hasta el embarcadero, donde desayuné mientras esperaba el transporte a San Pedro y compré un par de bocadillos para la subida.

Volví a gastarme otros 25 quetzales en una lancha a San Pedro (ya iban 100 ¬¬, joder, es caro…) y allí cogí un tuc-tuc que, por diez quetzales me dejó en la entrada del volcán (lo cual me pareció barato porque es un camino muy empinado, de varios kilómetros de longitud y sin mayor interés). Se puede empezar la subida desde el embarcadero y hay quien dice que si no empiezas desde ahí no has subido el volcán completamente. Pero vamos, que también puedes empezar a andar desde Panajachel o desde Río de Janeiro si quieres. La entrada oficial está a unos dos mil metros de altitud y la cumbre a tres mil, justo en la cresta del volcán.

Allí te obligan a pagar cien quetzales por la entrada (como decía –más o menos– Facundo Cabral, *"hay gente que cree que la tierra se puede privatizar"*), pero te incluye un guía durante los veinte primeros minutos donde, al parecer, hay varios caminos (que van a las tierras de los agricultores) y uno se puede perder… A partir de entonces hay un solo camino, para el cual se puede contratar un guía pero, en mi opinión, no es necesario. Además, yo prefiero andar solo. Desde donde te deja el guía, andando veinte minutos, se llega al primer mirador, a 2194 metros, que es el primer punto de referencia. Esta primera parte, las faldas del volcán, están cubiertas de plantaciones de cacao y maíz. Descansé un rato en el primer mirador, desde donde se ve una parte del lago y el pueblo de San Pedro.

Continué caminando. A los treinta minutos, después de llevar más de una hora subiendo escalones bastante empinados, empezó el cansancio, que viene más por parte de la mente que por la del cuerpo. Cuando falla la voluntad de subir es cuando te paras y te das la vuelta. Comenzó la batalla mental y empecé perdiendo. ¿Cuánto quedará? Ufff, todavía no llevo nada… ¿Esto va a ser así todo el rato? ¿Cómo voy a subir yo esto? Joder que pedazo de escalones… Y el oxígeno… empieza a faltar, ¿no?

Venga, Alberto, hostias (suelo hablar bien en el día a día, pero decir palabrotas me da fuerzas en estos momentos). Sube pa arriba ya, joder. ¿Qué más da lo que quede? Igual el volcán entero no lo puedo subir, pero el próximo paso sí lo puedo dar. Al fin y al cabo, si has dado mil o dos mil pasos hasta aquí, puedes dar uno más, ¿no? Y después das el otro. Ya está, céntrate en eso. ¡Hostias ya! Quizás me rinda, pero no lo voy a hacer aquí. Cuando llegue el siguiente paso me preocuparé por él. Lo grande se hace pequeño yendo parte a parte. No pienses lo que queda. Sólo existe el camino. Venga, me cago en… Solo hay camino. Nada más.



Empecé a repetirme esto como un mantra: sólo hay camino, sólo hay camino, sólo hay camino… Sabía que tenía que pensar así, no pensar en el cansancio o en lo que queda de camino, porque entonces es cuando te rindes, cuando dejas de querer subir. La verdadera dificultad es espiritual, no física, así que intentaba modificar mi pensamiento a través de la repetición de las ideas sobre las cuales quiero pensar. No funcionó del todo, pero tampoco funcionó del todo mal. El caso es que seguí subiendo.

El camino está muy bien tratado, y la pendiente está escalonada con unos pequeños troncos, lo que convierte la subida en una especie de escalera interminable. A los cuarenta minutos me encontré con un cartel que marcaba los 2400 metros… Bfff ¡pero qué co…! Parecía que rentaba poco el esfuerzo, llevaba mucho tiempo andando para haber subido sólo doscientos metros desde el mirador. Solo hay camino, solo hay camino. Si pero, joder, la falta de oxígeno cada vez se nota más. Yo, que vivo a ochocientos metros sobre el nivel del mar, a partir de los dos mil empiezo a notar la hipoxia. Pero seguí subiendo. Y subiendo y subiendo…

Lo que me parecieron seis horas después (aunque en verdad sería solo una) pensé que estaría cerca de la cima cuando encontré el cartel de los 2600 metros. Ocurrió lo mismo que a los 2400, pero multiplicado por 50 o 60 minutos más de cansancio. Llevo una hora andando y, ¿sólo he subido otros 200 metros? Aquí sí que me desplomé moralmente. Me alejé hasta donde no podía ver el cartel, porque me desmotivaba

muchísimo, y me paré a descansar. Normalmente no suelo parar más de cinco minutos, pero aquí decidí tomármelo con calma (era eso, o no seguir subiendo). Poco después me encontré un hombre trabajando en el camino y le pregunté cuanto quedaba (yo no sabía la altura total del volcán). Me dijo que una hora más. ¡Jodeeeeeeeeeeeer!

Desde hace varios cientos de msnm tenía que parar cada dos o tres minutos durante diez o quince segundos para respirar. La hipoxia me pegaba cada vez más fuerte. De hecho, no estaba "cansado" físicamente, mis músculos respondían bien y podían seguir subiendo, no sentía esa sensación de ardor que te da cuando no puedes continuar haciendo un ejercicio determinado, pero estaba agotado, no tenía energía y tenía que parar para recuperarla. Es como si el volcán estuviera absorbiéndome la fuerza vital. Esta parte del camino se hizo interminable. Pensé varias veces en dejarlo y después de repetirme *"solo hay camino"* me asaltaba un *"que le jodan, me doy la vuelta"*. Empecé a buscar excusas para no seguir subiendo: *"no tenía pensado subir"*, *"el verdadero objetivo es el volcán de fuego, no el San Pedro"*, *"en verdad, esto es un entrenamiento, es lo mismo llegar aquí que hasta el final"*, *"ya he andado bastante"*.

Recuerdo haber estudiado en la universidad que las drogas no solo afectan físicamente, sino que alteran circuitos neuronales relacionados con decisiones y principios morales, modificando tu voluntad. Sentí que aquí me estaba pasando lo mismo: no era el cansancio lo que me hacía pensar en dejar de subir, sino que el cansancio empezaba a modificar mis pensamientos y mis razones para subir, minando así mi voluntad. No me dejé engañarme a mí mismo, sé que rendirme no es lo mío, así que las razones que tenga ahora para abandonar no son más que producto del agotamiento. Lo que me salvó fue pensar que, antes de rendirme daría un último paso hacia adelante. Y después otro. Siempre se puede dar un paso más.

Podía estar mucho tiempo narrando el resto de la subida, que cada vez fue peor, pero no podría transmitir el estado anímico del que no quiere rendirse pero no puede más. Tu voluntad, tu espíritu, tu mente y tu cuerpo te piden

parar. Quien lo haya vivido, sabe a qué me refiero. Pero, de repente, llegué a un pequeño descampado con una cabaña de madera. Sabía que esto estaba cerca de la cumbre y, si llegaba hasta aquí, llegaba hasta arriba seguro. ¡Vamos, hostia ya! Me tumbé a descansar un rato pero, a los cinco minutos, las ganas de subir a la cumbre pudieron sobre el cansancio. Continué hacia arriba (aunque en verdad el camino desciende unos metros y luego continúa subiendo) y todos los que me encontraba que estaban bajando me decían que ya quedaba poco. Ese poco se hizo largo, pero ya era el último tramo. De repente vi un cartel que marcaba los 3000 metros y el camino se allanaba. Había llegado a la cumbre, pero todavía no lo sabía.

Paré a descansar un rato y a hacer algunas fotos. Enfrente de mí, a unos cincuenta metros, se veía un pico, más elevado de donde yo estaba. Sin embargo, entre mi posición y el pico había una depresión de varios metros de profundidad, toda cubierta de vegetación. Tendría que rodearlo para llegar hasta… Un momento… Una zona plana, dos extremos separados por una depresión circular, un volcán… ¡Estoy sobre el cráter! ¡He llegado a la cima!

Tengan en mente que estaba muy cansado y nunca me he asomado al interior de un cráter, ¿vale? Además, me lo imaginaba cubierto de roca humeante o de incandescente magma, no de plantas.

Las vistas desde este lugar son absolutamente impresionantes. La cámara (o mi habilidad usándola) no capta la riqueza de verdes y azules, de detalles sobre las colinas y en los pueblos, la distancia hasta la cual te puedes asomar, llegando a ver el inicio del altiplano guatemalteco y la práctica totalidad del lago, con todos los pueblos con nombres de santos rodeándolos. La inmensidad de la vista y la grandeza del lugar son inexplicables. Pareciera ser la huella que dejó el dedo de Dios al tocar la tierra para hacer el paraíso.

A la derecha, con apenas unos cientos de metros más de altura que el San Pedro, se puede ver la cumbre del Tolimán. Es como mirarle a los ojos, como tener el coloso cara a cara. El Atitlán es otra historia. Sus 3600 metros de altura, con la cumbre cubierta por las nubes, parece incrustarse en el mismísimo olimpo. Siempre hay retos más allá.

Regreso

El resto del día tiene poca importancia comparado con la subida. La bajada la hice del tirón, sin descansar y más rápido (en un par de horas). Ya en la entrada (ahora convertida en salida) compartí un tuc-tuc con una chica peruana muy agradable y con un carácter tremendamente dulce. *"¡Ey, chico! Se te ha caído la botella de agua. ¿Ves? Tienes que viajar con alguien, así no pierdes tus cosas por el camino"*. Si no fuese yo, a veces, tan imbécil…

Lancha, 25 quetzales, Santa Catarina, cena… nada que contar.

Y, al final del camino,
la más pequeña criatura mirará
cara a cara, de tú a tú,
al más grande de los seres.
Y, estando uno tumbado sobre el otro,
descansarán como iguales.

Séptimo día. Chichicastenango, mercados y chamanes

Me levanté a las cinco y media con el cuerpo atravesado de arriba abajo por agujetas. Cogí la primera camioneta de la mañana de Santa Catarina a Panajachel, de ahí a Sololá donde cambié de autobús para llegar a El Encuentro, desde donde podía llegar a Chichicastenango.

El mercado de Chichicastenango

El autobús me dejó al lado de una de las entradas de las calles donde empieza el mercadillo que ocupa gran parte de la ciudad. ¡A comprar! Nada más llegar me hice con algo de fruta y pregunté por el precio de unas quitapenas grandes. 25 quetzales me pidieron por cada una, lo cual empezó a cabrearme.

- Dígame un precio serio, por favor…
- No puedo bajar más, 25 quetzales cuestan.
- Pero, ¡señora! Si las vendían en Antigua por 5 quetzales cada una.
- No, esas son las pequeñas, estas cuestan 25…
- Le doy 10 por cada una.
- Cuestan 25.
- Bueno, está bien. No hay trato entonces, que tenga un buen día.

Me doy la vuelta y apenas he dado un par de pasos cuando me agarran del brazo.

- Está bien, amigo. 10 quetzales por cada uno.
- Pero, ¿no decía que no podía venderlas por menos de 25?
- 10 está bien.

En fin… que me llevé tres para mis tías supersticiosas. Las quitapenas son unas muñecas a las que, según cuenta la leyenda, tienes que contarles una pena antes de irte a dormir y dejarla debajo de la almohada durante la noche. A la mañana siguiente, la quitapenas se habrá llevado la pena y podrás devolverla a la caja de la que la sacaste. Aunque tendrás que cargar en tu conciencia que la muñeca se quede con la pena de por vida…

Quería comprar un típico paño maya, de estos que tienen mil colores y los usan para vestir o como bolsa para cargar peso. Empezaron pidiéndome 400 quetzales, lo cual me parecía carísimo. Decidí no comprar en ese momento y seguir paseando por el mercadillo. Me encantan los puestos de manualidades y comidas callejeras. Creo que son uno de los pocos lugares auténticos, que representan la cultura popular, frente a los grandes centros comerciales y marcas internacionales que globalizan el mundo pero acaban con la diversidad. Desayuné en el centro del mercado, entre callejuelas techadas con toldos y placas de uralita, en un pequeño cuartito con varias mesas. Seguí paseando y decidí hacer otra intentona en un puesto de tejidos. Me pidieron 500 quetzales por un paño de cincuenta por ochenta (aproximadamente). Dije que ofrecía 200 y me dijeron que no, que ese costaba 500 y que por 200 me daban uno más pequeño (de quince por treinta o algo así). No me gustó la idea así que le dije amablemente que no había trato y me fui. Entonces empezó:

- Ok amigo, te lo dejo por 400.
- No, no se preocupe, de verdad.
- Espera, 300.
- No, señora, gracias. Ya no lo quiero. Muy amable.
- Venga, 250.
- No, no. Por favor, no se lo voy a comprar, no insista.
- 200 quetzales está bien.
- Señora…
- Lo que tú dijiste, venga, 200 quetzales. Ven.
- Ya, es lo que yo dije, pero es que ahora no me fio de usted. No me gusta regatear así, lo siento. Me siento engañado. Prefiero no comprar, gracias. Otro día será.

Seguí andando y la mujer con la que había hablado en primer lugar, que había visto cómo me negaba a regatear de esta manera con la otra mujer me dijo:

- Está bien. No te engaño, mira. Esto cuesta 125 quetzales.

Me enseñó un paño de cincuenta por ochenta, cosido a mano, con una gran variedad de colores y formas (que al menos a mí me parecen) mayas. Podría haberlo sacado por menos, pero considero que es un buen precio (de hecho, 200 quetzales también me parece apropiado). El caso, que ¡vendido!

No considero el regateo como una forma de conseguir "el mínimo precio posible", mientras que quien vende busca conseguir timarte al máximo, sino como un medio para ponerse de acuerdo sobre el precio de un objeto. Si el mínimo por el que se puede vender es 20, pero consideras que 35 es un buen precio, pues cómpralo a 35 y no te preocupes en bajar más. Así, cuando compras algo, adquieres un producto negociado, en el que tanto comprador como vendedor estáis de acuerdo en el precio. Además de una transacción económica o mercantil, hay una interacción humana.

Eso sí, si bien el consumidor no debe buscar pagar el mínimo posible hasta el extremo, tampoco considero correcto que se deje timar… Aunque estés dispuesto a pagar 35 por un objeto, si cuesta 2, te sientes timado. Y cuando el vendedor te da un precio inicial entre cinco y diez veces superior al precio real… te cabrea, y con razón. El regateo no es una pelea donde hay un ganador y un perdedor, sino una negociación entre personas, cuyo producto es un acuerdo. Pero, como en todo, existe el juego sucio, que embarra este bello arte.

Aquí no es agradable regatear. No lo hacen bien, buscan timarte y ya está. Te ofrecen un precio inicial absolutamente desorbitado y no bajan, aunque tú subas tu oferta inicial. Cuando os vais acercando a un precio medio, dejan de ceder, se plantan demasiado cerca de su oferta inicial y muy lejos de la tuya y, cuando te vas cabreado y molesto, empiezan a bajar un cincuenta, setenta u ochenta por ciento. ¡Amigo, te lo dejo por un 10%! Pues no… ya no lo quiero, porque estas no son formas, porque me siento engañado, porque no estás negociando conmigo, estás intentando timarme… El arte del regateo solo fue dado a los árabes, y ni siquiera a todos los árabes…

Pascual Abaj

Al terminar de comprar, y antes de marcharme de la ciudad, me dirigí andando hacia la colina Turk'aj, donde se encuentra una especie de templo a Pascual Abaj, un antiguo dios maya al cual se le siguen haciendo peticiones con unos rituales tradicionales muy interesantes. Pasé por el museo de máscaras que sirve de entrada a la

colina y vi otro "templo" a Maximón, mezclado con figuras de Cristo e imágenes de la virgen María. Continué andando, subiendo la colina Turk'aj. Son apenas unos quince minutos, pero con las agujetas del San Pedro se hicieron molestos, pero agradecía que la pendiente no fuese de noventa grados y que el oxígeno estuviese por encima de los niveles mínimos para la vida.

Nada más llegar, vi lo que estaba buscando. Un chamán (vestido con camisa y vaqueros) avivaba un fuego bajo la mirada de un chico que parecía haber llevado las ofrendas y dos mujeres, una mayor y otra joven, que miraban el ritual sentadas a pocos metros. Recitaba algo en alguna lengua nativa, pero acabó con un padre nuestro en castellano. Puro sincretismo.

Alrededor del fuego había varios montículos de piedras, con cruces cristianas e ídolos de piedra que representan (o son) Pascual Abaj. A los pocos minutos, comenzó a verter las bebidas de la ofrenda sobre el fuego. Comenzó con el agua, que también vertió sobre los montículos de piedras, y luego pasó a hacer lo mismo (aunque solo sobre el fuego central) con dos botes de zumos de frutas y, por último, con una botellita de alcohol. Luego roció al chico y a las dos mujeres con un espray y el ritual pareció haber terminado. La mujer mayor se arrodilló a rezar junto al fuego, mientras los dos jóvenes caminaban distraídos.

De camino a Cobán

Como había decidido pasar medio día en Chichicastenango, no me daba tiempo a llegar a Cobán (y menos aún a Lanquín) en el mismo día. Además, quería descansar bien, después del ejercicio de ayer, así que decidí quedarme a medio camino, en Uspantán (un

pueblo bonito, pero sin mayor interés). Eso sí, de camino hacia Cobán atraviesas todo el altiplano guatemalteco, y desde lo alto de las montañas ves los valles y los distintos pueblecitos. Venían a mi cabeza los versos de Jorge Cafrune sobre Catamarca:

Un pueblito aquí,
otro más allá,
y un camino largo,
que baja y se pierde…

Me hospedé en el hotel Don Gabriel por 80 quetzales, en una buena habitación con televisión y baño privado. Cené por 15 quetzales (¡¡¡!!!) una hamburguesa doble en Gallo Superrapidito. Los ingredientes eran frescos y tenían un sabor muy intenso (nada que ver con una hamburguesa de otros restaurantes de comida rápida). Me fui al hotel pronto y a dormir.

Octavo día. Las cavernas de Lanquín

El objetivo para hoy era llegar a Lanquín y ver las cuevas antes de visitar Semuc Champey, para lo cual reservaría todo el día de mañana. Me levanté a las y fui a la humilde estación de Uspantán, donde me tomé un café con el conductor mientras esperaba a que saliese el primer autobús (furgoneta mejor dicho) de la mañana. Hasta las ocho y media no llegaría a Cobán. Por el camino se pasa del paisaje de barrancos de Quiché a las pequeñas aldeas de Alta Verapaz, al atravesar el río Negro que separa ambos departamentos. La carretera aparece y desaparece, convirtiéndose de tanto en tanto en un camino de piedras. En el fondo del valle, una neblina avanzaba en dirección contraria al autobús tragándose los árboles a su paso.

Desayuné en Cobán por doce quetzales (no apunté en mi libretita el qué, pero seguramente fueran huevos, frijoles y queso salado acompañado de tortillas, como siempre) y continué hacia Lanquín. En el mapa, Lanquín y Cobán están a 65 kilómetros de distancia, por lo que pensé que tardaría una hora en llegar. Sin embargo, la carretera nos había abandonado hace mucho tiempo y al final tardamos más de tres horas en llegar atravesando un camino de tierra. Cansado del viaje, me hospedé en el primer hotel que vi, el Rab'in Itzam, donde por 50 quetzales te dan una habitación privada con un baño compartido (mi habitación se llamaba Oxlaju). El hotel te da internet de seis a diez de la tarde y los cibers del pueblo tienen muchísimas restricciones (solo para mensajes, poco tiempo, y estando físicamente pegado al router), sin embargo, en la cafetería Chapul Café, en el medio del pueblo, pareces estar en una cafetería europea del siglo XXI.

Descansé un rato y fui a ver las cavernas de Lanquín. Tras pagar 30 quetzales por la entrada, antes de llegar a las cavernas, pasé un río de agua de mil colores de verde, donde solo se oía el canto de los pájaros y las chicharras y caía una lluvia calmada, lenta, muy poco a poco. El color de sus aguas me hace pensar en la similitud entre el azul y el verde, los cuales son un solo color en varias lenguas nativas, que hace referencia al color de la naturaleza.

Cuando se apaciguó la lluvia, me sumergí en el agua con mucha precaución, porque es un río que no conozco. En el pueblo donde siempre he veraneado, San

Martín del Tesorillo, era costumbre ir a bañarse al río, y uno ha crecido oyendo historias de descuidos y tomas de confianza que nunca acaban bien. El agua es lo desconocido, especialmente cuando son aguas revueltas y eso me da mucho respeto (pero que conste que me metí).

Las cavernas de Lanquín

Me dirigí a la entrada. Iba solo, ya que me habían dicho que no hacía falta guía. Subí unas pequeñas escaleras que te dejaban justo en la entrada, una pared de piedra con una abertura de un par de metros de alto. *"Nunca he entrado en una caverna solo"* –pensé. Encendí la función linterna del móvil y me adentré en las más absolutas tinieblas. A los pocos pasos ya solo veía lo que el móvil me alumbraba. Escuchaba ruidos de murciélagos a mí alrededor, como si estuvieran hablando entre ellos, pero allí donde alumbrase solo veía piedras. Sabía que debía de haber miles de ellos escondidos en el techo. Me resbalé varias veces, ya que el suelo estaba completamente mojado y fangoso. Empecé a tener algo de miedo.

De repente, a lo lejos, vi la luz de una vela (o una candela, como dicen aquí). Había otros turistas más adelante, así que me apresuré para llegar a ellos. Se me aceleraba el pulso por momentos. Les alcancé y comprobé que era un turista extranjero que no hablaba muy bien español y un guía nativo que tampoco. El turista estaba todavía más acojonado que yo. Pasamos al lado de un altar de sacrificios y el guía explicó que dos veces al año se hacían sacrificios, principalmente de animales. Llegó a decir algo de *"some people"*, pero no sé si se refería a los ejecutores o a los ejecutados o a cualquier otra cosa (tened en cuenta que esto está lejos de todo). En ese momento poco me importaba.

Llegamos a unas escaleras que llevaban a la tercera y última galería. Debíamos llevar unos quince minutos andando sobre piedras lodosas en la más absoluta oscuridad. Fue demasiado para el guiri, quien decidió irse, con el guía, claro. Yo decidí seguir adelante. Me adentré en la galería y volví a quedarme completamente solo. La humedad era asfixiante (acababa de darme cuenta). Sudaba muchísimo. Se me empañaron las gafas, que tuve que limpiar con una camiseta completamente húmeda que no hizo más que enturbiar más mi visión. Mi pulso subió a lo que calculo que serían unas mil o mil quinientas pulsaciones por minuto.

Volví a escuchar a los murciélagos y las risas de unos chicos al principio de la galería, que en contexto parecían siniestras.

Todo tipo de imágenes de sádicos asesinos y criaturas escondidas en la caverna pasaron por mi cabeza. Más realista, me preguntaba qué pasaría si me caía (algo que estuvo cerca de pasar muchas veces) y me golpeaba la cabeza con una piedra… Seguí avanzando por la galería. La humedad debía de estar alrededor del 3000%. Llegué a lo que parecía el final de la caverna, donde pisé accidentalmente varios charcos y se me empaparon los pies. Hasta el agua del suelo estaba caliente. No llegué a tocar el final de la galería, pero me quedé a unos pocos metros. Me di la vuelta y pensé en los chicos que escuchaba al inicio de la galería, hacía tiempo que no les oía. Se habrían rendido… ¿por qué no hice yo lo mismo?

El ruido de los murciélagos se intensificaba, incluso creo que vi a alguno volando. Tomé un momento para ser consciente de donde estaba: *"en el interior de una cueva desconocida, sobre un suelo que resbalaba muchísimo, en medio de la nada, a media hora de la salida y a varias horas en coche de algún hospital, solo y asfixiado por el calor y la humedad"*. Fantástico. Cada vez sudaba más, cuando la luz del móvil iluminaba mi cuerpo veía como humeaba por el calor. Por cierto, ¿cargué el móvil anoche? Llegué cansado al hotel y me fui a dormir pronto, podría haberlo olvidado… No me acuerdo… ¿Qué batería le quedará? No quise ni comprobarlo.

Los nervios me hacían ir más de prisa, lo que provocó que me resbalase más a menudo. De repente, en la odisea de regreso, una araña látigo de lo que parecían varios metros de largo salió corriendo hacia mí. Me quedé petrificado pero, por suerte, ella también, solo Dios sabe por qué (y la propia araña, supongo). Después de estar unos segundos en shock, empecé a bordearla con cuidado, muy poco a poco. Sabía que corría mucho más que yo en esas circunstancias y, aunque apostaría por mí en un uno contra uno, si decidiera atacarme, además de morderme, podría hacerme resbalar y perder el móvil fácilmente, o golpearme en la cabeza, torcerme un tobillo…

No pasó nada, pero el peligro seguía. Ahora tenía que pensar también en el peligro de insectos y serpientes, que hasta ahora no lo había tenido en cuenta. Se me resbalaba el móvil de mis manos sudadas, ahora también por el nerviosismo después de encontrarme con la araña. Ahora no quería tocar las barandillas (completamente oxidadas y pringosas), por miedo a poner la mano sobre la madre de la araña anterior, o sobre quinientos de sus hijos (no sé qué sería peor). Tenía la camiseta completamente pegada al cuerpo por el sudor y la caverna parecía más grande que al principio. En mi cabeza: insectos, serpientes, calor, humedad, oscuridad, fango, la batería del móvil… Cuando creía que me iba a asfixiar de la angustia, a unos veinte metros de mí vi la luz de la entrada. Por fin, estaba fuera.

Salí andando a paso ligero, empapado en sudor, con las piernas llenas de barro y las pulsaciones por las nubes. Fui directamente al rio que antes me daba tanto respeto y, ahora, me bañé del tirón. ¿Quién dijo miedo?

La salida de los murciélagos

Para el resto del día solo tenía pensado ver la salida de los miles de murciélagos que alberga la caverna de Lanquín. Cuando se pone el sol, salen a comer a bandadas, creando un espectáculo para unos muy bello y para otros un tanto grotesco. Yo soy de los primeros, siempre me han gustado los murciélagos, quizás porque esté acostumbrado a verlos en mi pueblo, o despistados en el salón de mi casa, cuando cae el sol. Cuando uno está tan lejos de casa, lo que le recuerda a la infancia tiene un sabor más intenso de lo normal (de nuevo, Cabral: *"me gusta ir con el verano muy lejos, pero volver donde mi madre en invierno"*).

Además, hay varias razones (racionales) por las que me gustan los murciélagos. En primer lugar, se comen los insectos, a los cuales detesto por mucho que me esfuerzo por no hacerlo (se mueven más rápido que tú, pican, muerden, tienen veneno, ponen huevos en ti… son asquerosos). En segundo lugar, porque ven por ecolocalización, lo cual me parece absolutamente flipante, una especie de superpoder. Pueden ver detrás de paredes, dentro de vasijas y objetos, en 360 grados… Dan un grito y ven. Primero fue el verbo y luego se hizo la luz. En tercer lugar, estoy de acuerdo en que son "objetivamente" feos. Evidentemente. Pero, dentro de su forma física hay cierta armonía con su forma de vida, ya que, como pájaros de la noche, su vuelo con virajes bruscos y su aspecto tiene cierta armonía. En fin, que salieron cientos de murciélagos de las cuevas y formaron un espectáculo muy… curioso.

A esas horas no había transporte de vuelta, el pueblo estaba a una hora y pico andando y yo seguía con agujetas, así que no sabía qué hacer. Salió un grupo de franceses que tenían transporte privado, en el cual me dejaron subirme y me acercaron a pocos minutos del pueblo. Cené una hamburguesa en el hotel y un licuado de papaya (25 + 10 quetzales) y a dormir. Mañana haría lo que he venido a hacer aquí.

Noveno día. Semuc Champey, el paraíso

Ya estoy aquí.
¿Podéis oírme?

Semuc champey es una expresión que, en lengua q'eqchi, significa escondido (*xmuq*) en la profundidad (*cham-*) de la roca (*-pek*). Describe perfectamente el lugar, donde el río Cahabón se sumerge en lo que llaman el sumidero, pasa por debajo de una gran piedra de unos cincuenta metros de longitud y sale justo al final de esta. En el tramo donde el río se esconde bajo tierra, se filtra agua hacia el exterior a través de la piedra y forma las pozas conocidas ahora como Semuc Champey. Este era el destino de hoy.

La cafetería del hotel anunciaba orgullosa que abría a las seis de la mañana, lo cual era completamente inútil porque las camareras no venían hasta las siete y media y no te permitían ir a la concina a prepararte algo tú mismo… En fin, desayuné y cogí una camioneta en el centro del pueblo. Como el maletero de la ranchera estaba completamente lleno, me senté al lado de conductor, mientras que una familia de guatemaltecos que también iban a Semuc Champey se sentaba en los asientos traseros. Fuimos hablando todo el camino, que se hace bastante largo debido a la carretera de tierra (25 quetzales).

Hablaban de la flora del lugar donde, por lo visto, crece prácticamente todo: copal, cacao, malanga, cardamomo… Paramos cerca de un árbol de copal a coger una gotita de resina que supuraba una pequeña herida en la corteza, para disfrutar del típico olor del incienso. Poco más adelante una niña de cuatro o cinco años paró el coche ofreciéndonos dos obleas de cacao natural, hecho a mano, por cinco quetzales. Pensé en familiares míos que tienen la misma edad y una vida completamente distinta… En fin…

Llegamos a Semuc Champey y contratamos un guía (al cual le pagas la voluntad) la familia de guatemaltecos y yo. Empiezas subiendo al mirador, para ver las pozas desde arriba y luego bajas a bañarte en ellas. También puedes ir a unas cuevas, pero creo que merece más la pena disfrutar de las pozas, especialmente después de ver las cavernas de Lanquín. Después de unos 45 minutos subiendo, llegas al mirador:

Tras media hora de bajada, finalmente llegas al paraíso y puedes bañarte en él. El agua es tan azul y verde como cristalina; la roca que la contiene, marrón claro, suave. Libélulas y mariposas revolotean sobre las aguas mientras que en ellas nadan peces blancos y los que llaman pupus o neones de colores suaves. Hay miles de ellos, dorados y blancos con reflejos azules y verdes, que te mordisquean suavemente cuando te quedas quieto y nadan contigo cuando te mueves. El agua está a la temperatura perfecta, siendo suficientemente fría para refrescarte pero no lo suficiente como para ser molesta. El paisaje de alrededor es espectacular: un valle escavado por el río, cubierto de vegetación y todo tipo de animales.

Pasé allí toda la tarde. No quería volver, me quedaría a vivir allí. A las cinco de la tarde, cuando la última camioneta del día me trajo a la realidad, me subí al maletero de la ranchera (no ir sentado junto al conductor fue un gran error, porque las curvas, las cuestas pronunciadas y el traqueteo de la camioneta sobre el camino de piedras durante cuarenta minutos acaba agotándote). Volví al hotel con la piel completamente quemada, así que me tomé un paracetamol y a dormir.

Décimo día. De camino a Flores

Anoche, al llegar al hotel, reservé un asiento para un autobús directo a Flores por 125 quetzales. Me dirigía al departamento de Petén, donde están las antiguas ciudades mayas en ruinas, como Tikal o el Mirador. Para recorrer los 250 kilómetros que separan Lanquín de Flores echaríamos todo el día… A las ocho de la mañana salió el autobús de Lanquín y dos horas más tarde llegaríamos a Pajal, a apenas 14 kilómetros.

Pasamos por Cobán a dejar a algunos turistas y de ahí salimos directamente a Flores. Al llegar al inicio del departamento de Petén, la tierra se vuelve completamente plana y el calor aumenta una barbaridad. Aparecen pastos para ganado bobino tipo cebú, con papada y cuernos en forma de corona.

Al llegar a Sayaxhe, atravesamos el río en una barcaza, sin bajar del autobús. Pocas horas más tarde llegamos, por fin, a Petén. Eran las cinco de la tarde y el diluvio universal caía sobre nosotros. Yo no tenía ni idea de dónde ir. Si continuase lloviendo así durante 24 horas la isla de Flores pasaría a ser parte del lago Petén Itzá. El conductor me señaló un hotel que estaba a unos pocos metros, el Mirador del Lago, y me dijo que ahí había habitaciones muy apañadas. No me lo pensé dos veces, ¿dónde iba a ir si no?

Cogí una habitación con vistas al lago y baño privado por 100 quetzales y salí a cenar a la zona occidental de la isla, que es más movida. Todas las noches, desde hace varios años, en esta zona se organizan las llamadas mesitas, que conmemoran una festividad que, desde hace dos siglos se celebraba los días siete y ocho de Diciembre, donde las mujeres salían a preparar comidas caseras típicas y a compartirlas con los vecinos y visitantes de la isla. Ahora abren de dos de la tarde a dos de la madrugada todos los días. Cogí una empanada de carne y un tamal de maíz con una naranjada (todo por 15 quetzales) y un dulce de entre cientos de ellos con distintos colores que tienes para elegir. Volví al hotel a dormir, para estar descansado para el día siguiente.

Undécimo día. Huyendo de Flores: el Remate

Había venido aquí a descansar un par de días hasta que saliese mi excursión hacia el Mirador. Desperté en Flores y decidí salir a dar una vuelta. Fue la peor decisión que tomé en todo el viaje. Flores es el infierno… el calor es absolutamente asfixiante y la humedad y la sensación de enclaustramiento vuelve la isla intransitable durante la mayor parte del día. Las lanchas privadas te timan con su desparpajo y su incapacidad para regatear, pidiéndote 100 quetzales por un viaje de diez minutos a Santa Bárbara o a cualquier sitio fuera de la isla, la cual, por cierto, se recorre a pie en dos minutos. Es cierto que tiene encanto, con las carreteras de adoquines, el lago por todos lados, rodeando la isla (que en verdad es una península, pues tiene un pequeño istmo artificial) y las casitas pintadas de distintos colores. Pero todas las tardes llueve de forma huracanada y por las noches cientos de miles de millones de pájaros (o más) cubren el cielo y los cables eléctricos dificultando el paso y provocando algún susto (porque, a estas horas, eso que escuchas no es lluvia… no digo más).

En fin, que decidí ir al Remate, un pueblecito a las orillas del mismo lago, pero a unos cuarenta minutos de Flores. Es más tranquilo, mucho más fresco y te puedes bañar en el lago. Por cinco quetzales puedes coger un tuc-tuc a Santa Elena (aunque a mí me pidieron 10) y de ahí coges un bus al Remate por 35 (otro timo, pero bueno). Allí me hospedé en el hotel Las Gardenias por 80 quetzales (baño y habitación privada, TV y ventilador). Lo más importante era la hamaca que tenía delante de la habitación, en la cual decidí pasar toda la tarde leyendo el Popol vuh, el libro sagrado de los mayas.

Reflexiones sobre el Popol vuh

La primera parte del Popol vuh narra las aventuras de Maestro mago y Brujito (Hunahpú e Ixbalanqué), dos hermanos gemelos que se enfrentan al Principal Guacamayo y sus tres hijos, que representan la soberbia y la riqueza material. Sus padres fueron retados por los demonios del infierno, de Xibalbá, a jugar a la pelota, y fueron humillados de diversas maneras. Años más tarde, los gemelos retan al juego de la pelota a los demonios de Xibalbá para vengar la muerte de sus padres. Y lo consiguen, con gran sabiduría, sabiendo esquivar las trampas que les presentaban los demonios. Al final, regresan a la superficie con la cabeza de sus padres como trofeo, atadas a un cinto.

Decidí ver lo único de interés en el pueblo: el museo del jade. Esta era la piedra preciosa que surge entre placas tectónicas muy usada por los mayas, hasta el punto de ofrecérsela a los colonizadores en lugar del oro, que no lo trataban, pues consideraban que esta tenía más valor (y el acceso al oro no era fácil en esta zona). Es una piedra que solo se corta con diamante o elementos de dureza similar. Los mayas, que no tenían acceso a los diamantes, usaban granate, que no corta tan bien, lo que implicaba que tenían que pasar días y días limando poco a poco cada una de las piedras que vemos hoy en día en joyas y máscaras. Por eso muchos objetos están formadas por varias piezas de jade pegadas unas a otras, porque hacer una máscara, por ejemplo, de una sola piedra de jade era una tarea irrealizable. Aunque hay varios tipos de jade, los mayas preferían el verde, por su similitud con la naturaleza. Por cierto, que en muchos idiomas nativos de Guatemala, la palabra que designa el color azul y la que designa el color verde es la misma, porque para ellos es “el color de la naturaleza”.

También charlé con una guía que te enseña el museo (todo gratuito, ya que en verdad te están vendiendo figuritas de jade de la tienda que puedes decidir comprar o no) acerca de la colonización y las civilizaciones maya. Hasta 1521 había varias ciudades maya, si bien es cierto que no las principales, pero la colonización acabó con ellas. Obligaban a los maya a vestirse con sus tejidos tradicionales para marcarles y separarles del hombre blanco. En fin…

Ya en el hotel cené un pez blanco pescado en el propio lago con una limonada. Volviendo a la hamaca para leer un poco antes de dormir vi una araña saltarina corriendo por el porche del hotel, bajando un par de escalones que separan el porche del jardín del hotel de un solo salto. Me provocó cierta sensación de no sé qué y qué se yo, como me pasa con este tipo de insectos. Sin embargo, todavía no había visto nada, al volver del Mirador, la araña me habría provocado risa.

Aunque quería descansar bien para lo que me esperaba de camino al Mirador, me conozco (ya van unos cuantos años tratando conmigo) y sé que un día entero sin hacer nada más que descansar, estando de viaje y teniendo tantas cosas por ver… no iba a aguantar. Así que decidí sacar entradas a Tikal para mañana. En el propio hotel compras transporte de ida y vuelta y guía a Tikal por 125 quetzales, pero tienes que tener en mente otros 150 quetzales que cuesta la entrada. Si quieres ir a ver amanecer a Tikal tienes que pagar otros 100 quetzales. Yo pasé, ya que tenía pensado ver amanecer y atardecer en otras ciudades maya y el precio me parecía abusivo.

Decimosegundo día. Tik'al: El eco de los espíritus maya

El autobús me recogió en la puerta del hotel a las cinco de la mañana. Antes de las seis estábamos en el puesto de vigilancia donde tienes que pagar la entrada para Tikal, que abre a en punto. Al llegar, el guía nos dio unos diez minutos para tomar un café y comprar algo de agua y un par de bocatas, porque la caminata iba a ser larga. El autobús volvería a recogernos a la una de la tarde.

Tikal es una ciudad en ruinas con más de dieciséis mil estructuras, entre pirámides, templos y juegos de pelota. Significa, en maya *itzá*: el eco y las voces de los espíritus maya. Hace mil ochocientos años se calcula que vivían entre cien mil y ciento cincuenta mil personas, en intensa comunicación (comercial y bélica) con otras ciudades de alrededor, con las cuales se conectaban con grandes calzadas. La ciudad está construida para ser bella a la par que sagrada, pintada con colores rojos que recordasen a la sangre del sacrificio y orientadas respecto a las estrellas y los solsticios. La ciudad respira armonía entre todas las ramas del conocimiento: la astronomía, la arquitectura, la física (por las lagunas de agua natural usadas para iluminar mediante el reflejo de los colores de la ciudad)… Quizás lo único que faltaba en estas ciudades es lo que ahora abunda, la vegetación, que si bien ahora se come las estructuras de piedra, antes "escaseaba" por la presencia de grandes ciudades pavimentadas y de la tala de árboles para conseguir energía con la que producir la cal, tan usada en construcciones.

En fin, que es una gran ciudad, por lo que las distancias entre los distintos sitios que están escavados son relativamente grandes (tardas veinte o treinta minutos andando entre un sitio y otro), por lo que al final del día acabas agotado. Justo antes de comenzar la visita puedes ver una maqueta que te da una idea del tamaño del sitio. Atrás a la derecha, el Templo de la Serpiente Bicéfala, la mayor estructura antigua de todo Centroamérica, en el centro (y en el medio) la plaza central.

Tras andar unos diez minutos llegamos a la primera estructura, una pequeña pirámide que seguramente fuese usada como observatorio astronómico o como lugar de sacrificios. A los pies de la pirámide se observan unas estelas, donde se narra mediante dibujos los distintos mitos y costumbres de los mayas y unos círculos de piedra usados para el fuego (como el que tenía el chamán de Pascual Abaj). Nos subimos a la pirámide mientras el guía nos contaba el significado de esta estructura y, cuando bajamos, nos mostró los trucos y secretos de resonancia que los mayas escondieron en la

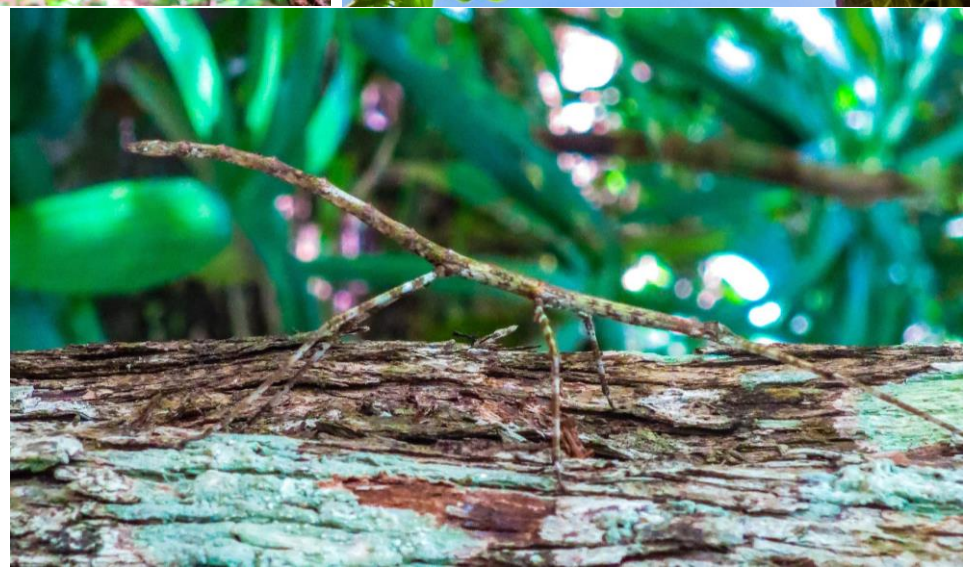
arquitectura. Estando el sacerdote situado en el centro, justo delante de la pirámide, una palmada suya sólo se escucha con un eco que recuerda la llamada del quetzal cuando estás situado en dirección a los solsticios de verano e invierno. En cualquier otro lugar sólo se escucha una palmada.

Por el camino tuvimos la oportunidad de ver algunos animales, entre ellos los mono-araña y unos mamíferos muy peculiares y asustadizos. Continuamos andando por una calzada que se llama *sacbéob*, o camino blanco, algunos de los cuales podían llegar a tener tres mil kilómetros de distancia. Por suerte, nosotros íbamos más cerca, y a los veinte minutos andando por mitad de la selva, llegamos a la plaza central de Tikal. Aquí podemos ver dos templos, el Templo del Gran Jaguar y el Templo de las Máscaras o de la Luna, la Acrópolis Norte (con un mascarón incluido) y la Acrópolis Central. Desde el Templo del Gran Jaguar se pueden ver las cúspides de los otros templos sobresaliendo los árboles más altos de la selva.

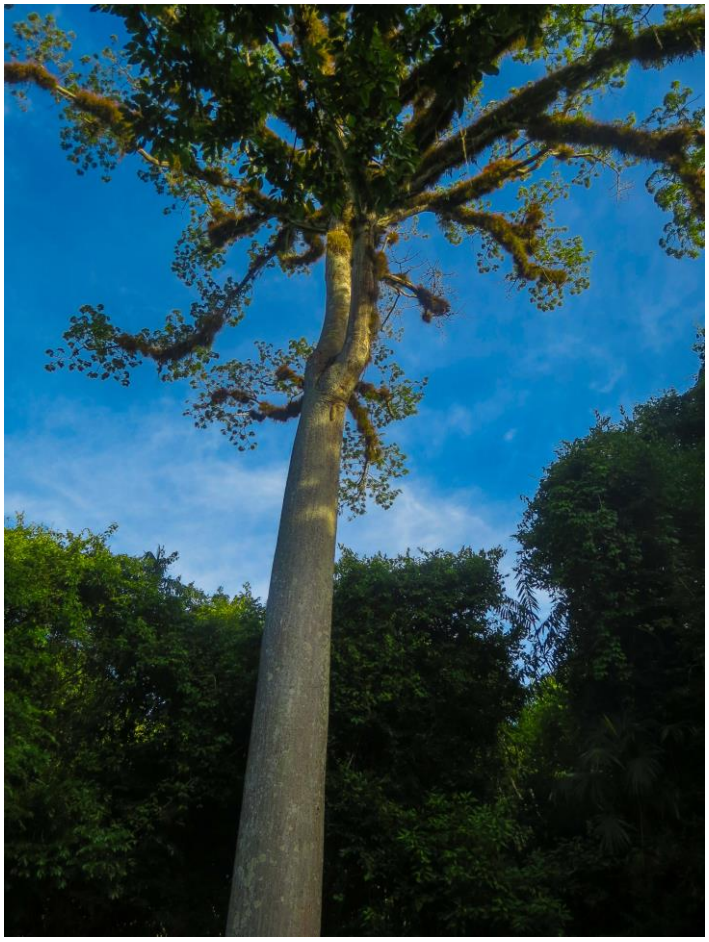
Continuamos andando hacia el templo IV o de la Serpiente Bicéfala, el templo más grande de todo centro américa. Tardamos unos veinte minutos en llegar a él y unos cuantos minutos más en subirlo. Pero merece la pena: la vista, hasta el horizonte, está completamente cubierta por la copa de los árboles de la selva en la cual sobresalen las cúspides de los templos que, ahora, se observan desde arriba. Toda la ciudad está en ruinas ante tus ojos, con los templos aun sobre las copas de los árboles, apuntando hacia el cielo.

El guía se volvió con los que quisieron pero, como teníamos tiempo libre hasta que llegase el autobús, otros quisimos dar una vuelta más por la ciudad. Decidimos ir hacia el Mundo Perdido, donde se encuentran otras estructuras y plazas muy bellas y bien escavadas, entre ellas la Plaza de los Siete Templos.

Merece mucho la pena fijarse en los insectos, pájaros y animales que pueden encontrarse en esta zona que, por mucho que sea turística, no deja de ser la selva profunda. Una pequeña muestra de ellos: arañas de todos los colores, tucanes esmeraldas y normales, un ciempiés de un naranja intenso y un bicho palo de unos treinta centímetros.



También hay una flora espectacular, como este árbol, llamado el árbol de la vida, en cuya copa vive prácticamente un ecosistema propio, con plantas creciendo del tronco del árbol propias de la copa de estos árboles, roedores que no se encuentran en el suelo y pájaros de varias clases. Sus raíces profundizan en los nueve pisos del inframundo, mientras su tronco atraviesa la tierra (el reino de los vivos) y conecta con la copa, que alberga siete reinos para los dioses. Las protuberancias del tronco marcan los cuatro puntos cardinales.



Ya después de la excursión, el autobús me dejó en el Remate donde cogí un microbús de camino a Flores que ahora me costó 20 quetzales (si ya lo sabía yo… ¬¬) y fui directamente al hotel para prepararme para la gran marcha: El Mirador.

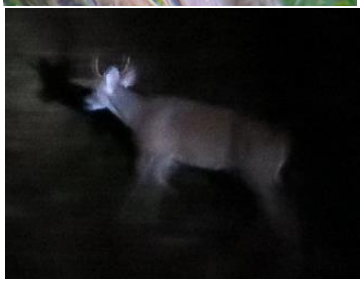
Del decimotercero al decimoséptimo día. El Mirador: corazón de la selva de Petén

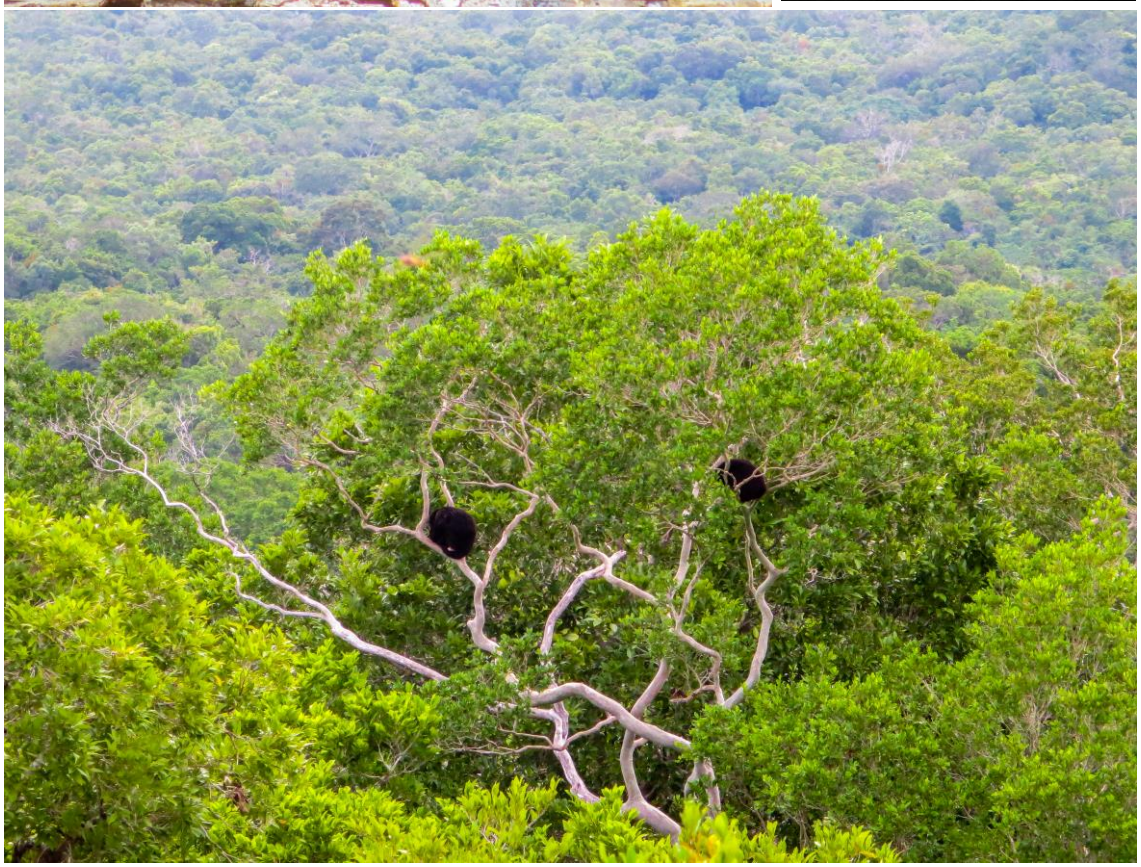
Me levanté a las cinco y salí del hotel recordando que "eso que oyes no es lluvia". Me dirigí a la oficina de la cooperativa Carmelita, con las cuales había contratado la excursión a El Mirador. Por 1850 quetzales, el precio incluye transporte en microbús privado a Carmelita, guía durante cinco días, para la selva y las ciudades maya, equipo de acampada, comida, arriero y cocinera (que no cocinero). Yo me había unido al grupo en el último momento, por lo que pagué allí (el resto había pagado ya) con tarjeta y listo.

Las caminatas se hacen muy largas, especialmente si no estás acostumbrado a andar. Cada día estamos alrededor de seis o siete horas andando, sin contar las paradas para comer y descansar (que son escasas). Eso sí, por el camino puedes disfrutar de la flora y sus cambios repentinos (en pocos kilómetros el paisaje cambia completamente –dentro de que siempre es selvático–), de una fauna muy rica y de construcciones mayas antiguas que te vas encontrando en medio de la selva. Es muy fácil identificarlas, porque la selva es completamente plana y, de repente, encuentras una pirámide de tierra y árboles bajo la cual es evidente que hay una estructura artificial. Además, pasamos por varias ciudades maya y podemos tomarnos un tiempo para verlas mientras el guía te explica la historia del lugar.

La fauna es difícil de ver, ya que la mayoría de animales huyen al intuir o sentir la presencia humana (y te sienten mucho antes de que tú los sientas a ellos). En mi recorrido pudimos ver monos araña, que te tiran ramas o excrementos (dependiendo de lo que tengan a mano en ese momento); monos aulladores, los encargados de dar por la noche un clima exótico y místico espectacular, pues sus

gritos, que parecen salidos del mismísimo infierno, son muy llamativos y se escuchan desde poco más tarde de la caída del sol hasta el amanecer; un ciervo despistado, que se nos cruzó en la noche; varios lagartos, lagartijas, tucanes, copas y pájaros carpinteros, más difíciles de ver.





Entre los animales que nos rodeaban, pero no pudimos ver, se podrían encontrar dantos, anacondas y serpientes de cascabel o jaguares. Al fin y al cabo… esto es la selva.

Sorprende ver la admiración con la que los nativos hablan sobre el jaguar. Es el auténtico rey de la selva. Es el animal más rápido, más fuerte y más ágil del entorno. Incluso puede trepar con suma facilidad a los árboles más altos de la selva. En definitiva, si quiere cazarte, te va a cazar (menos mal que huyen del hombre).

Dentro de la fauna, los insectos son más fáciles de ver. Mosquitos y tábanos desearás no verlos, pero los vas a tener todo el día encima… Más interesantes y menos molestos son los pequeños ciempiés naranjas, de unos pocos centímetros; saltamontes de mil colores, cada uno con una combinación distinta; termitas, mariposas… y muchísimos tipos de arañas, entre ellas tarántulas y arañas látigo, las cuales van a pasar de ti a no ser que tú te metas con ellas. Varios de nuestro grupo, por salirnos del camino marcado, nos dimos de frente con una tela de araña que, por suerte, estaba sin su hospedadora natural. Quizás salieron corriendo justo antes de que nos chocásemos contra ellas… Además, durante la noche, si iluminas el suelo con una linterna en el ángulo correcto, se pueden ver miles de puntos brillantes que, según el guía, son pequeñas arañas inofensivas pero que cubren todo el suelo y, si apagas todas las luces, verás luciérnagas con una luz intensísima e intermitente, además de algún gusanillo y otros insectos luminosos.

Por último, además de hormigas de varios centímetros capaces de inyectarte veneno en una picadura, cada día nos cruzábamos, al menos una vez, con un río de hormigas (de las normales, pequeñitas y sin veneno) de diez o quince metros de largo que cruzaban transversalmente el camino. Teníamos que atravesarlos prácticamente saltando para tirar las hormigas que inevitablemente se te pegan en cada pisada.

El ser más peligroso de la selva, no solo por su potencial dañino sino por la alta probabilidad de encontrarte con él y acabar tocándolo sin querer (algo que con un jaguar es más complicado), es la oruga peluche que también llaman gusano de pollo. Rozar los pelos que cubren su piel provoca urticarias, dolores intensos e incluso eccemas, además de fuertes fiebres y temblores durante varios días… Más de una vez, al apoyarnos sobre un tronco o una piedra, quedamos a pocos centímetros de tocar uno de estos y un amigo mío, en el volcán de fuego, tocó un pelo que se había desprendido de uno de estos gusanos y se había quedado pegado en un tronco donde se apoyó mi amigo. Empezó a picarle la mano y se le llenaron de pequeñas ampollas en pocos minutos. No quiero ni imaginarme lo que debe ser coger un gusano de estos con la mano…

Dentro de la flora, lo más curioso que vimos fue el matapalo, un árbol que, aunque puede crecer por sí mismo, si germina lindando con otro árbol acaba rodeándole y creciendo a su costa, absorbiéndole la sabia hasta secarlo por completo. Hasta los árboles se putean… desde luego, este se ha ganado el nombre.

También vimos árboles de caoba, de los cuales la cooperativa talaba 80 al año para mantener su población, árboles de chicle y de tinto, que tiñen el agua de morado. Cambios más drásticos los producen las palmas de guano (que cambian el paisaje) y las hojas de pimenta que, cuando se acumulan varias producen un olor muy característico.

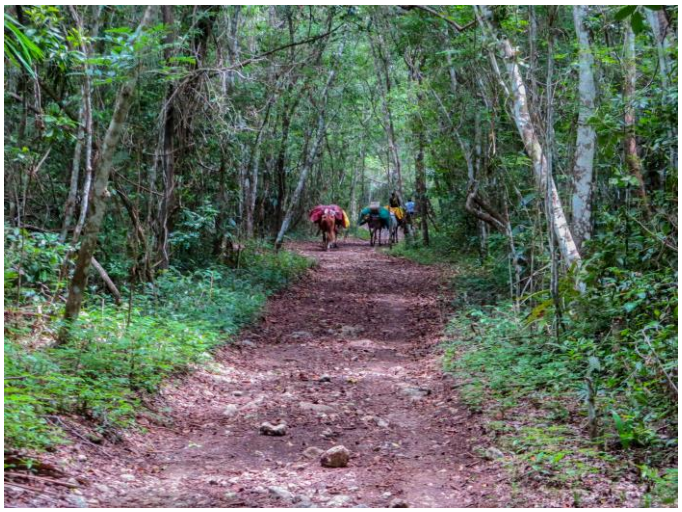
Día primero. El Tintal

Partimos en un microbús privado un grupo joven y heterogéneo: dos chicas suizas (Sophie y Leia), dos chicos londinenses (Oliver y Thomas), una pareja formada por un chico español (Javier) y otro guatemalteco (Daniel) y, por último, yo, que viajaba conmigo mismo.

Tardamos tres horas en llegar en microbús a Carmelita (el pueblo que da nombre a la cooperativa formada por sus vecinos), y el conductor empezó a hablarnos muy orgulloso sobre esta. Yo no sabía nada de ella, pero acabé alucinando y enamorado del proyecto. Han sido capaces de conseguir la gestión de los recursos de la selva y autoabastecerse de ello, sin necesitar la ayuda estatal, que nunca llegaba, ni siquiera para los servicios básicos.

Funcionan como una comunidad, mirando por el bienestar de todos a la vez. Reparten los recursos y el trabajo, se preocupan por llevar recursos a todos los miembros del pueblo y, algo que nos chocó a todos, protegen la autenticidad de la comunidad, evitando que gente que venga de fuera forme parte de ella. Sólo los nacidos allí o que se han casado con alguien de allí y deciden mudarse a este pueblo pueden formar parte de la cooperativa y de la comunidad. Lo hacen para evitar injerencias externas, ya que mucha gente quiere censarse ahí y comprar una pequeña casa para acceder a la explotación abusiva de la selva. Como muchos otros sistemas, funciona a la perfección dentro de la comunidad, pero no funciona hacia su exterior.

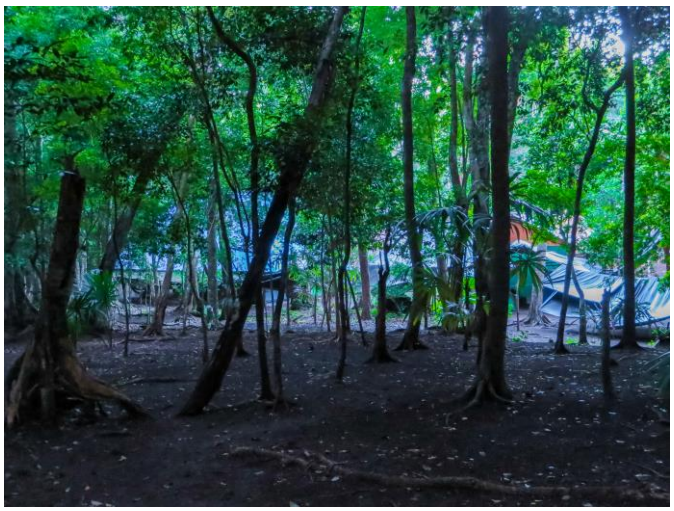
Desayunamos en un comedero en Carmelita, a costa de la cooperativa. Cada día llevan a un grupo a una de las tres casas que se encargan de hacer la comida para los turistas, de tal manera que tres familias viven de ello, repartiendo los recursos. Después preparamos nuestras mochilas con lo necesario para el camino y dejamos el resto para que lo llevaran las mulas. Nosotros llevábamos agua y poco más (una gorra, una cámara, Daniel y Javier llevaban sillas ultraligeras para sentarse cuando parásemos y un filtro de café). El guía llevaba agua para él (y un poco de sobra, por si acaso), un machete para abrir camino si hacía falta y equipo médico. Lo típico: tiritas, réflex, antídotos contra arañas y serpientes venenosas…



Partimos a las once hacia el Tintal y no llegamos hasta las cinco y media. Los diecisiete kilómetros de caminata se hicieron muy lentos, ya que el camino muchas veces se estrechaba y se dificultaba el paso, así como por la presencia de lodo en el suelo (y eso que fuimos en la mejor temporada, que es la seca). En la temporada de lluvias hay zonas en las que tienes que nadar en lodo (literalmente) o andar con

él hasta la cintura. Las dos primeras semanas de Agosto son la canícula donde, a pesar de estar en la temporada de lluvia, se produce una sequía durante unos días. La suerte, a veces, te sonríe.

Alrededor de las dos de la tarde empezó a llover de manera muy intensa. Sin embargo, pensé que si estás en la selva y no llueve, es que no estás en la selva. Además, fue la única vez que llovió y así, por lo menos, pude usar el impermeable que compré a un chico de la cooperativa por 25 quetzales (que era poco más que un plástico con forma de camisa y una capucha, pero para unos días te hace el apaño).



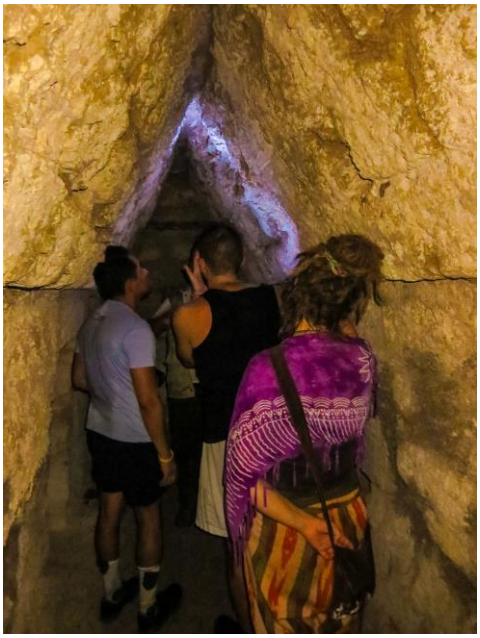
Tras seis horas de caminata, llegamos al Tintal, donde la cooperativa tiene un pequeño campamento hecho con tiendas de campaña de plástico, un par de duchas muy (muy) modestas y unos plásticos haciendo las veces de techo. También hay una pequeña cocinita hecha con una placa de comal que calientan con madera (de la propia selva, evidentemente). Cuando llegas, te reciben con un fresco (bebida con sabor a frutas) y empiezan a preparar la cena.

Al atardecer, nos acercamos a las ruinas de una ciudad maya cercana, a unos quince minutos del campamento. Subimos a la cúspide de una de sus pirámides a ver el atardecer, al frescor de la tarde. Vimos el sol ponerse tras las copas de los árboles de la selva, que se extendía hasta donde la vista alcanzaba, mientras cientos de libélulas revoloteaban a nuestro alrededor, haciendo piruetas para cazar mosquitos. Benditas libélulas.

Desde aquí veíamos la danta, el nombre que le han dado a la pirámide más alta de El Mirador, nuestro objetivo de mañana. Parecía estar tan lejos…

Día segundo. Campamento El Mirador

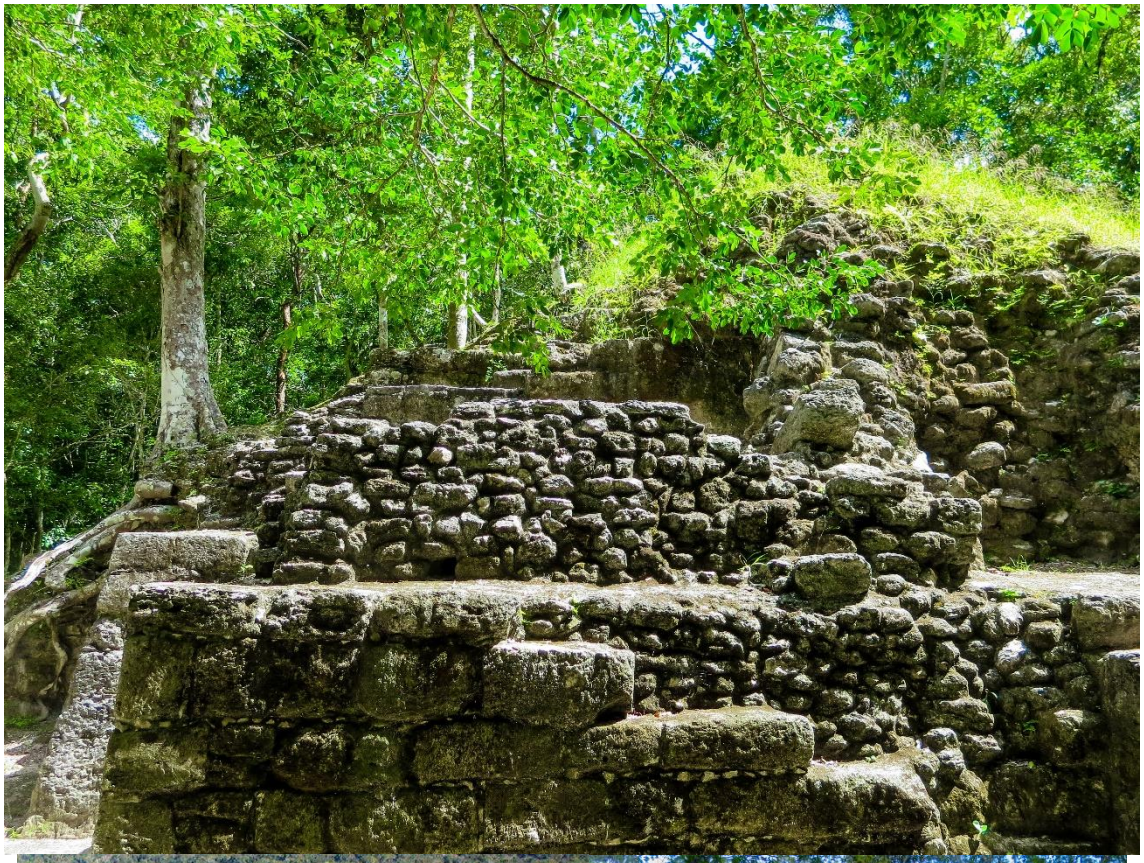
El segundo día la caminata era de 28 kilómetros. Sin embargo, el camino era mucho mejor, sin lodo, prácticamente recto y ancho, ya que íbamos andando por encima de una calzada maya de piedra caliza que conectaba el campamento del Tintal con El Mirador. A pesar de que lleve cientos de años cubierta de vegetación, esta crece menos densamente que fuera de la calzada. Salimos a las siete de la mañana y llegamos a las tres de la tarde a un campamento aún más humilde que el anterior. Para que os hagáis una idea, la ducha era un cubo que colgaba de un gancho a unos dos metros de altura, con un boquete abajo. Más que suficiente.

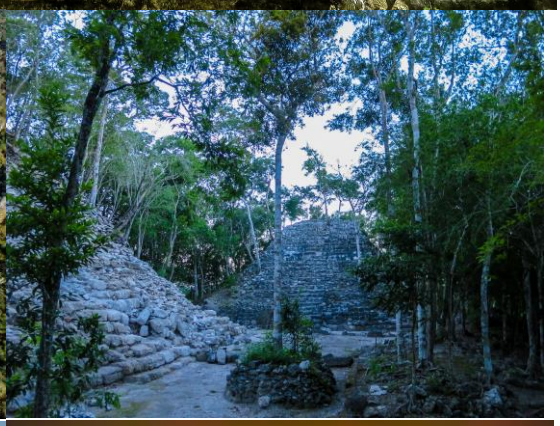


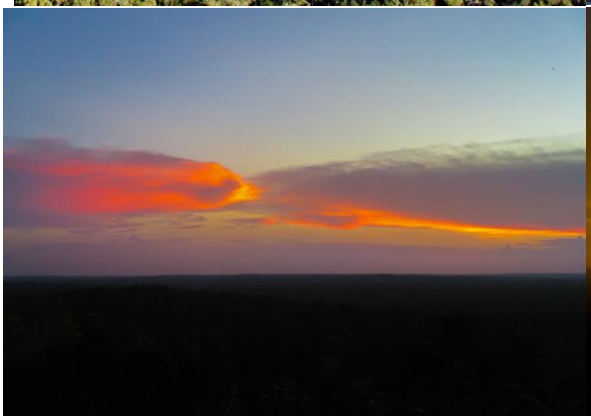
Llegando al campamento de El Mirador, a una hora aproximadamente, paramos en un complejo de construcciones llamado La Muerta. Hay varias pirámides medio desenterradas y una estructura de juego de pelota enterrada, pero perfectamente identificable.

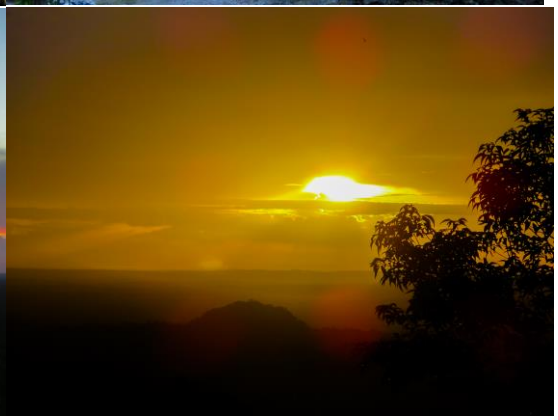
Esta vez, para ver el atardecer, fuimos a la pirámide El Tigre de El Mirador. Esta es la segunda estructura más voluminosa por detrás de la Danta, pero ya es lo suficientemente grande como para albergar, dentro de su volumen, la totalidad de la plaza central de Tikal, incluyendo los dos templos y las necrópolis. Aunque estuviésemos cerca de esta ciudad, tardamos una

media hora en llegar a esta estructura, desde donde podíamos ver la Danta, la mayor pirámide y estructura antigua de Centroamérica, a otros cuarenta minutos de donde estábamos. Aun así, el plan de mañana sólo era pasear por El Mirador.









Día tercero. Visita a El Mirador

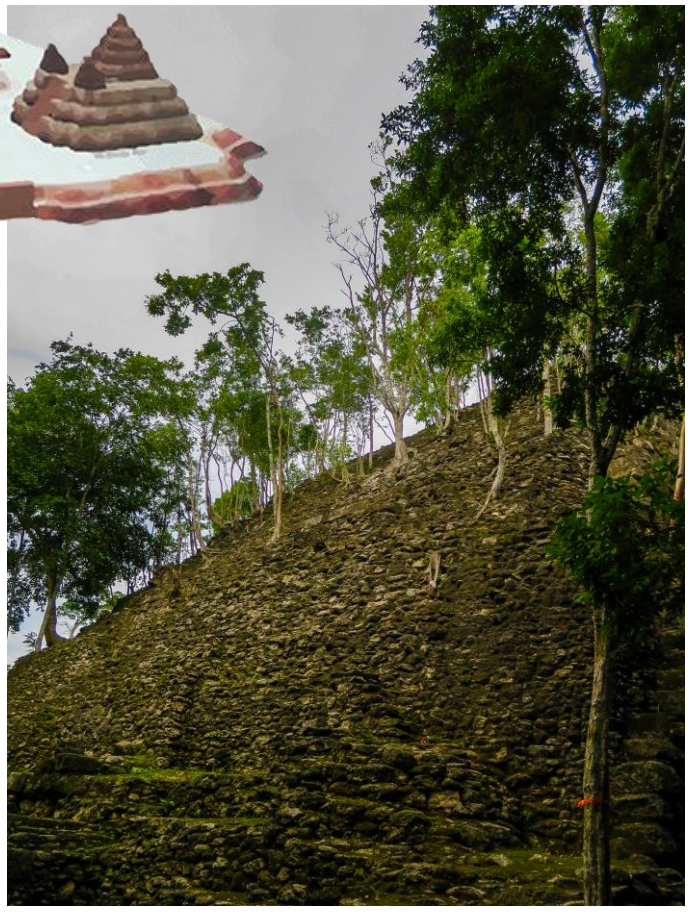
Descansamos un poco más de lo normal, durmiendo hasta entrada la mañana. Empezamos el día visitando la estructura 34, o templo Garra de Jaguar. Las escalinatas, completamente escavadas, tenían la función de hacer ver al que las subía que ascendía a un elemento suprahumano, por ser parte de la comunidad y representante del poder político, además de obligarte a bajar la vista mientras subes. En la cúspide, edificios con la típica estructura tríadica muestran restos de los mascarones pintados que un día les adornaron.

Continuamos andando viendo varias estructuras hasta llegar a la llamada 313, que se piensa que eran unas termas o baños para los nobles y altos poderes de la sociedad. Los arqueólogos llevaban varios años escavando esta estructura y la temporada de excavación, que solo duraba dos meses por los escasos recursos económicos, ocupaba Agosto y Septiembre, por lo que cuando llegamos nosotros estaban en plena faena. Lorena, la arqueóloga jefa encargada del proyecto que buscaba descubrir la estructura y su significado, tuvo la amabilidad de explicarnos su trabajo, el proyecto y mostrarnos los secretos ocultos (de momento) de dicha estructura.

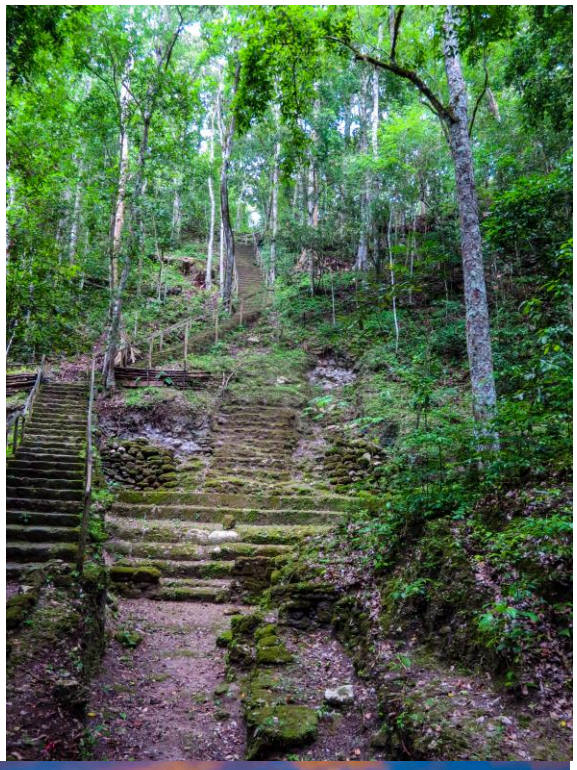
Lo más espectacular era un friso de Hunahpú e Ixbalanqué, encontrado prácticamente intacto, a pesar de tener más de dos milenios y medio de antigüedad. El friso narra el momento en el que los gemelos regresan de Xibalbá, el inframundo, tras vengar la muerte de sus padres, con la cabeza de uno de ellos como trofeo colgada del cinturón.

Estuvimos varias horas en este lugar, aprendiendo de los arqueólogos, de las estructuras de El Mirador y de los mayas, así como disfrutando del lugar (y de no andar a marchas forzadas). Se hizo la hora de comer, así que volvimos al campamento a descansar un rato.

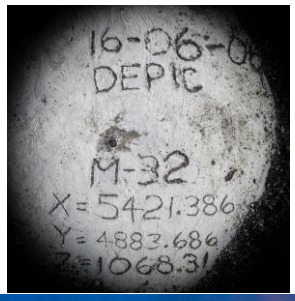
Para terminar el día, salimos hacia la Danta, la pirámide más grande de Centroamérica, más voluminosa que la pirámide de Keops en Egipto. Está compuesta por tres niveles, donde el inferior tiene una longitud de seiscientos metros de largo por trescientos de ancho (caben diecisiete estadios de fútbol en este volumen). Encontramos a los arqueólogos que estaban excavando las escalinatas, ya que actualmente se sube por unas escaleras temporales construidas por los propios arqueólogos.



Sobre la base hay varias estructuras, entre ellas la segunda plataforma, que sustenta la pirámide en cuya cúspide hay una estructura tríadica hasta la cual se puede subir a ver el atardecer.



Objetivo cumplido. Estuvimos varias horas buscando animales en las copas de los árboles y disfrutando del orgullo que sentimos al llegar hasta aquí, mientras esperábamos la llegada del atardecer.



Día cuarto y quinto. El regreso

La vuelta se hizo más amena, ya conociendo el camino y con la sensación de orgullo de haber cumplido el objetivo. Cuando llegamos a Carmelita, comimos y nos recogieron para dejarnos en Flores, donde aproveché para ponerme al día: lavé la ropa de los últimos cinco días, me di una buena ducha con agua caliente, respondí a 1638 WhatsApps (tres de los cuales eran más o menos importantes)… Preparé la mochila para el día siguiente, que partía hacia Río Dulce en un bus directo cuyo billete compré a la cooperativa Carmelita por 125 quetzales (que podrían ser 100).

Día decimoctavo. El manglar de Río Dulce

Pasaron a recogerme al hotel a las ocho de la mañana y me dejaron en el autobús más lujoso en el que he estado en mi vida. Era de Fuente del Norte (aunque las otras grandes empresas de transporte tienen autobuses similares), tenía sillones súper amplios, con un metro y pico de distancia entre asientos, Wi-Fi, baño, aire acondicionado, blindaje… Innecesario, pero no deja de ser cómodo.

Pasé la mayor parte del viaje durmiendo y, cuando llegué a Río Dulce, nada más bajarme, un hombre me esperaba que parecía ofrecerme la oportunidad de mi vida para ir a Livingston, lo que activó inmediatamente la alarma de "no te fíes".

- Lancha pública a Livingston, es la última amigo. ¡Qué suerte has tenido!
- No, gracias. Voy a un lugar recomendado por una amiga: el Bulldog Café.
- ¿Dónde?
- Al Bulldog Café.
- ¡Ahhh! El Sundog Café.
- No, no. El "Bulldog Café", que me lo ha recomendado una amiga –el Sundog será algún negocio suyo seguro, pensé–.
- Aquí no hay ningún Bulldog Café. Tienes que ir al Sundog Café.
- No, no, no, no. No se preocupe, ya encontraré yo el Bulldog Café.
- ¡Que no hay ningún Bulldog Café! El Sundog está justo ahí.

Me quedé indeciso, mirando a donde me señalaba el paisano. A pocos metros había una señal grande del Sundog Café, y no tenía mucha pinta de que hubiera ningún Bulldog cerca… Me marché manteniendo cierta dignidad, como pensando que estaba en lo cierto, sin admitir mi error (discutí con el señor lo suficiente como para ser humillante aceptarlo). Pero cada vez estaba menos seguro. Decidí hacerle caso y fui al Sundog Café, con cara de circunstancias. Tenía razón él… Y yo erre que erre defendiendo el honor de mi amiga…

En fin, desde aquí te recoge una lancha para llevarte al hotel Casa Perico. Esperé unos minutos tomándome un té frío de rosa de Jamaica (una bebida típica guatemalteca).

El hotel está en medio del manglar, lo cual es espectacular. Por la noche se escucha todo tipo de insectos, ranas y pájaros alrededor, por lo que la mosquitera de la cama iba a venir estupendamente.

Por 60 quetzales tienes una habitación compartida con baño a un par de minutos de la habitación y en el restaurante se puede descansar tumbado en una hamaca además de comer bastante bien. En el propio hotel te dejan un kayak para que vayas al lago Izabal a bañarte (en unas plataformas colocadas en medio del lago). Dicen que no es peligroso y vi varias personas bañándose, pero aun así no quise regodearme en el baño (entré y salí

rápido del agua). Continué leyendo la segunda parte del Popol vuh, donde se narra la creación de los hombres a partir del maíz y descansando durante gran parte del día.

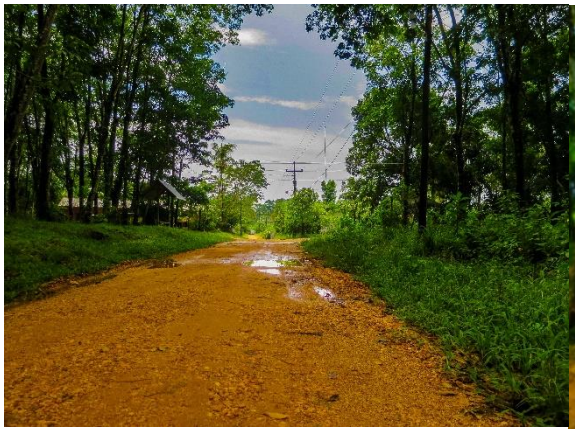
Al llegar la noche, cené una hamburguesa de róbalo (pescado) por 35 quetzales, reservé una visita a Livingston por 125 quetzales para el día siguiente y a dormir. Hacía fresquito por la noche, pero la mosquitera agobiaba un poco, para qué engañarnos.

Decimonoveno día. Livingston: la cultura garífuna

La verdad es que este tour no me gustó demasiado. Estuvimos una hora recogiendo gente, pasamos cerca del Castillo de San Felipe de Lara y luego recorrimos el manglar que, sinceramente, no es tan bello como el de Monterrico-Hawaii. Paramos a ver unas cuevas pequeñitas y descansar cinco minutos y, tras un par de horas en lancha llegamos a Livingston.

"Bienvenidos a África" nos dijeron nada más llegar. En esta zona se puede ver la cultura garífuna: su artesanía típica (conchas de tortuga y tejidos jamaicanos), trenzas y rastras… pero sobre todo su gente. Conocí a un hombre y su mujer (Mary, él nunca me dijo su nombre) que me enseñaron la playa y su música por un par de botellitas de chaparra (un ron típico), a siete quetzales cada uno. Yo tomé guifiti, un ron típico de aquí aunque me quedé con ganas de pedir el tapado, que es la comida más famosa del lugar.

En fin… pagué 70 quetzales por una lancha de vuelta y el resto del día estuve visitando una aldea cercana al hotel. Varias casas muy humildes se agrupaban alrededor de unas plantaciones de chicle mientras los animales domésticos se aglomeraban en las calles (gallinas, perros, cerdos…). Es curioso ver una aldea guatemalteca, su pobreza y su ritmo de vida tranquilo, su pequeño tamaño que les permite conocerse unos a otros y se extrañan cuando entra alguien que no es de la aldea… Y su supervivencia, gracias al acceso a los recursos naturales.



Volví al hotel a cenar y dormir, el resto del día no tenía mayor interés. Mañana saldría para Ciudad de Guatemala y sólo quedaba pendiente la ascensión al volcán de fuego.

Vigésimo día. Vuelta a Ciudad de Guatemala

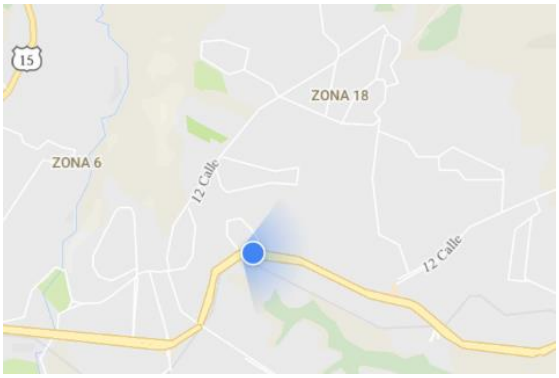
Volví al Sundog Café y quería coger un autobús para Ciudad de Guatemala. Me dijeron que estaba difícil el asunto porque había una manifestación cortando la carretera que conecta Río Dulce con Morales. Estuve preguntando alternativas, pero nadie tenía ninguna solución… Lo único que podía hacer era esperar.

Estaba sentado en un bordillo de la carretera cuando el conductor de un microbús (que me vio con la mochila, la gorra de turista y la riñonera) me dijo: *"A Morales. Sube"*. Ni siquiera preguntan, te afirman a dónde vas. *"¿Y la manifestación?"*, pregunté. *"¡Sube, sube!"*, fue su respuesta. Bueno, hay que confiar en la gente, me subí y a ver qué pasaba.

El microbús nos llevó hasta unos pocos metros de la manifestación (por tres quetzales). Había cientos de camiones y algunos autobuses turísticos completamente parados. Nos bajamos y fuimos andando hasta la propia manifestación. Había varias decenas de personas con pancartas y habían puesto piedras en el suelo. Pedían mejoras de condiciones para los trabajadores del puerto de Puerto Barrios, aunque no pude leer muy bien sus pancartas y carteles informativos porque íbamos prácticamente a la carrera. No tenían pinta de querer irse de allí, pero dejaban pasar a la gente andando. Al otro lado, nos recogió otro microbús y nos llevó a Morales (por otros tres quetzales).

Como no había podido coger un autobús directo, comenzó otra vez el baile de trasbordos. Cogí una furgoneta a Río Hondo que me dejó cerca de Gualán porque no había suficiente gente (iba yo solo) y no les rentaba el viaje. Me devolvieron la mitad del billete y esperé a otro microbús de Gualán a Río Hondo, donde cogí uno a Ciudad de Guatemala que te deja en la zona 17 después de atravesar la 18 (la zona controlada por las maras) y de ahí

cogimos un microbús a la zona 1, en la estación de autobuses Transporte Monja Blanca. Busqué un hotel cercano y encontré el Clariss, donde por 100 quetzales tienes una habitación privada con baño compartido, Wi-Fi (bastante bueno en comparación con otros lugares) y televisión en el cuarto.



Del vigesimoprimero al vigesimonoveno día. Vida académica y cultural de la ciudad

Antes de la ascensión definitiva, la joya de la corona del viaje y la mayor motivación para venir a Guatemala (el volcán de fuego), pasé unos días en Ciudad de Guatemala, liado con una cuestión relativa a la universidad (que es lo que "profesionalmente" he venido a hacer aquí). Tuve, por lo tanto, la oportunidad de ver de cerca la Universidad Francisco Marroquín, así como la vida en la ciudad y algún que otro sitio turístico (nos escapamos a Ciudad Antigua por un día).

Durante estos días, algunas personas de la universidad tuvieron situaciones complicadas. Atracaron a un chico y otros cincuenta pensaron que les iban a atracar cuando, en verdad, nadie estaba pensando hacerles nada. La sensación de miedo que se nos había inculcado (y que los propios guatemaltecos alimentan) haciendo referencia a la inseguridad de la ciudad, era más fuerte que la realidad (en mi opinión), haciéndonos ver donde no había. Una pareja, por ejemplo, fue a sacar dinero al banco Azteca, una zona comercial del centro de las más seguras de la Ciudad. Un hombre estaba dando vueltas por allí, que lo mismo era un policía de paisano, o un hombre perdido, o un mendigo que no sabía muy bien dónde ir. El caso es que ellos se acojonaron. Estuvieron a punto de llamar a la policía y salieron prácticamente corriendo de la zona solo por la presencia de ese hombre, que pasaba olímpicamente de ellos… En fin.

Aunque es cierto que un día varios de nuestros compañeros vinieron asustados porque les dijeron que se había producido un tiroteo cerca del hotel donde estábamos. También es cierto que hay zonas controladas por las maras y se producen muchos atracos. Sin embargo, esto es algo que ocurre principalmente en las ciudades. En cuanto te alejas de los grandes núcleos poblacionales, la sensación de seguridad (en mi opinión, insisto), aumenta considerablemente. Sientes que la gente no te roba porque no quiere nada que tú tengas. Aunque sean pobres no necesitan el dinero, son personas honestas, buenas, gente normal. Evidentemente…

Hay que ser prudente y precavido, pero no se puede vivir con miedo, atemorizado. El miedo paraliza y acaba con la vida. Si piensas así, al final no viajas, por un miedo que es más infundado que real. Todos pensamos que nuestro país es seguro porque lo conocemos, mientras que los demás países son inseguros (el narcotráfico y la delincuencia en Latinoamérica, los abusos policiales en EEUU, los señores de la guerra en África, la inestabilidad de Oriente Medio, los secuestros en Asia…). Los medios de comunicación generan una burbuja de falsa seguridad frente a un mundo (exterior a esa burbuja) que es el mismísimo infierno… Pero igual que ocurre en España ocurre en los demás países, que creen ser seguros mientras los demás (incluido España) son países inseguros.

Si hablas con un latinoamericano, y le preguntas qué piensa de España, te dirá que es un país peligroso. Hasta hace pocos años teníamos grupos terroristas activos en el norte; hay manifestaciones en la capital donde manifestantes y policías salen heridos en lo que pintan como batallas campales; tenemos una doble amenaza del autodenominado Estado Islámico, tanto por el terrorismo que azota toda Europa como por la amenaza de formar un califato que incluya a España como el antiguo Al-Ándalus; una posible guerra civil a punto de estallar en los lugares con más independentismo… Y todo esto puede ser más o menos verdad, pero no significa que España sea un país para no visitar, por inseguridad o miedo. Lo mismo pasa con el resto de los países.

Es curioso ver como los guatemaltecos, que son conscientes de que viven en una situación de inseguridad, siguen pensando que la gente es buena y confiando en ellos, mientras que nosotros, que creemos vivir en una seguridad prácticamente total, somos más perspicaces que nadie…

En la capital llama la atención (más que en el resto del país) la manera tan servil en la que se comporta el servicio en los hoteles, restaurantes, autobuses… Incluso en sus expresiones se ve una especie de… sumisión, que a mí, personalmente, me incomoda. *"Para servirles"*, *"a la orden"*, son expresiones coloquiales (especialmente la segunda) que se utilizan incluso entre amigos. En una ocasión tuvimos que utilizar el ascensor del servicio porque el de huéspedes estaba estropeado y nos encontramos unos chicos de mantenimiento que subieron con nosotros. Nos miraron avergonzados y dijeron: *"disculpen la inconveniencia"*. ¿Inconveniencia? No sé… No es poco conveniente subir contigo en el mismo ascensor… De hecho, tú estás trabajando, yo estoy aquí haciendo el mongolo, deberías tener prioridad a la hora de usar el ascensor, ¿no? En fin…

Además llama la atención como la totalidad del servicio es indígena, siempre. Cuanto más duro (físicamente) o más desagradable sea un trabajo, más difícil es encontrar a un blanco haciéndolo.

Un día fui andando desde la plaza de la constitución hasta la plaza del obelisco, de la zona 1 a la 10, por la avenida 10. En este camino, de varios kilómetros, se puede ver la desigualdad entre las distintas zonas de la capital. La pobreza en las ciudades es la peor, porque te atrapa. No hay alternativa, no se puede escapar de ella. Las ciudades no están pensadas para el hombre, sino para los coches. Los hombres no pueden pisar sus calles negras reservadas al tráfico, ni respirar su aire contaminado, ni salir de ellas fácilmente a pie… Como decía Michael Ende:

Eso no son casas, son… son almacenes de gente.

La Universidad Francisco Marroquín

Esta universidad privada es de las mejores de Guatemala, pero cara a más no poder. Los pasillos dan al aire libre, igual que las escaleras y varias plazas de la universidad, haciendo que el aire, siempre primaveral, fluya por todo el edificio. Por otro lado, esta universidad está encargada de la difusión de las bondades del capitalismo, siendo un bastión de este en Centroamérica. Está centrada, sobre todo, en la reforma del país desde el punto de vista político, económico y jurídico, aunque la perspectiva liberal permea hasta el último ladrillo de sus edificios.

"Nuestra misión es la enseñanza y difusión de los principios éticos, jurídicos y económicos de una sociedad de personas libres y responsables"

Su lema me hace pensar qué creerían ellos de aquellas personas que se rigen por otros principios éticos, jurídicos y económicos… ¿serían libres y responsables? En el contexto en la que esta universidad está situado, Ciudad de Guatemala, rodeada de aldeas, poblados y cooperativas indígenas, este lema es toda una declaración de intenciones en un intento de unificar el país bajo unos mismos principios claramente neoliberales. Sean estos principios correctos o no, no sé hasta qué punto tiene sentido unificar lo heterogéneo. En fin, colonización ideológica moderna.

En sus paredes podemos encontrar posters con información sobre Friedrich Hayek o Israel Kirzner…, frases de Joseph Schumpeter (*"la cuestión no es cómo el capitalismo administra las estructuras existentes… [sino] cómo las crea y las destruye"*) o Manuel F. Ayau (*"el capital […] es aquello que hace fructíferos el esfuerzo y el ingenio humano"*), un cuadro de "La Escuela de California", como una horrenda caricatura de La Escuela de Atenas, que tenía una breve explicación que, a modo de conclusión, sentenciaba: *"al final tenían razón"* o, cuando hablan de la escuela escolástica, se puede ver como dirigen la atención sobre *"un conjunto de ideas sobre precios, salarios, cambio de moneda, teoría del valor, cobro de intereses, etc.,"* que ellos desarrollaron. Por lo demás, el auditorio Juan Bautista Gutiérrez y el Milton Friedman, la Plaza de la Libertad, la biblioteca Ludwig von Mises… Todos los poros de la universidad respiran liberalismo.

Nos alojamos en el Westin Camino Real, el hotel más pijo de Guatemala… Hasta me encontré en su puerta a una estrella de la música española, con la cual estuve charlando un rato. La mayoría de españoles que fuimos no nos podíamos permitir ese hotel a no ser que lo pagase la organización, gracias a los patrocinadores y a un importante descuento que aplicaban por llenar alrededor de doscientas habitaciones. Que la organización nos consiguiera alojamiento en ese hotel, al precio que pagamos, es digno de alabanza. Estábamos en la zona 10, o zona viva, donde hay el mejor ambiente nocturno de toda la ciudad: discotecas, bares abiertos, una relativa seguridad… Nosotros pasábamos las tardes en la terraza de Casa Chapina, un restaurante con buenos precios (precios europeos, como decían algunos, ya que cenábamos por el equivalente a diez o quince euros y las cervezas costaban alrededor de tres) y buena comida, especialmente sus platos combinados.

Escapada a Antigua

Antigua es una de las ciudades más famosas de Guatemala, tanto por sus sitios turísticos como por su ambiente nocturno. Parece la joya de la corona de Guatemala para los guatemaltecos, que hablan con orgullo y fascinación de ella. Ciertamente, la ciudad tiene un encanto especial, sus calles, sus colores, su ambiente… con cierto regusto a antiguo (nunca mejor dicho) por las calzadas de piedra y los desconchones y roturas en las fachadas de las casas. Eso sí, tanto las calles como las plazas están completamente limpias. Es una típica ciudad colonial, lo cual se ve perfectamente en el parque central, rodeado del palacio de los capitanes generales, la catedral y el comercio.

Pasamos el día paseando por sus calles, visitando las casas que se han mantenido durante los siglos con la estructura y el mobiliario colonial, la iglesia de la Merced, con su espectacular fachada… Y el volcán de agua elevándose sobre la ciudad.

A los guatemaltecos les encanta esta ciudad, y a muchos turistas también. Se parece a una típica ciudad europea antigua. En mi opinión, hay cosas más interesantes que ver en Guatemala, especialmente para los que no sean amantes de las ciudades. Pero una escapada rápida merece la pena, desde luego.

Cena típica con Sebastián

Un día pasó a recogerme Sebastián en coche. Sebas es un buen amigo que vive en ciudad de Guatemala, amante de los volcanes que se encuentran disperso por su país y de la política, que le atrae desde pequeñito. Parqueamos el coche justo en frente de un restaurante típico de la zona, en el que entramos a cenar. Pedimos dos caldos, que es típico de varias zonas de Guatemala. *"Lo típico de verdad es comerlo con tortitas"*, me dijo. *"¿Cómo es eso?"*, pregunté. *"Pues, sin cubiertos, tienes que comerte la carne y las verduras del caldo ayudándote de las tortitas. Y luego te bebes el caldo directamente"*. Me pareció muy complejo, así que me lo comí al estilo… occidental, por decirlo así. He de decir que él hizo lo mismo.

Estuvimos hablando de la situación política y social de Guatemala. De la presencia o ausencia del Estado, de la administración de la justicia en las aldeas, de la tensión entre el intento de centralización del Estado y el respeto a la cultura propia de cada pueblo… Él estudia ciencias políticas y siempre ha querido dedicarse a ello, pero le noté cansado y con dudas. Guatemala es un país tan complejo y la política puede ser tan agotadora… Bueno, siempre se acaba encontrando el camino, pensé. Sea aquí o allí.

También hablamos de la visión de la vida y el trabajo de los nativos, que es muy interesante. Me contó una anécdota sobre la que todavía hoy pienso:

- *A mi mamá le ayudaba con la casa una chica joven. Venía unas horas a la semana hasta que se quedó embarazada. Teníamos muy buena relación con ella. Vino a enseñarnos a su niña recién nacida y todo. Mi madre le preguntó que si se quería incorporar, aunque fuesen menos horas o con la flexibilidad que ella necesitase. Se lo preguntaba porque pensaba que a ella le vendría bien tener algo de dinero. Especialmente ahora, con una niña pequeña… ya sabes.*
- *Y, ¿qué le dijo?*
- *Le dijo a mi madre: "señora, ¿le puedo hacer una pregunta?". "Claro", respondió mi madre. "Es que yo no sé por qué trabaja usted tanto. Yo prefiero no trabajar".*

La madre de Sebastián era maestra, una mujer muy trabajadora. De hecho, trabajaba lo que muchos occidentales consideramos normal, es decir, una jornada de ocho o nueve horas, llevándote algo de trabajo a casa, trabajando algunas horas los fines de semana, estando conectado siempre al móvil y al e-mail para las emergencias… Lo normal… ¿no? Bueno, pues esta mujer prefería no trabajar y estar con su hija. Sin dinero, consiguiendo el alimento del entorno o de hacer cuatro cosas aquí y allá para ganar dinero, y ya está. Y no es ninguna tontería. Trabajar en aquello que te gusta es reconfortante pero… ¿merece la pena trabajar tanto? Y ¿si trabajas en algo que no te gusta? ¿Tiene sentido trabajar ocho horas al día y que tus hijos los cuide una (que no un) canguro? Es algo para pensar…

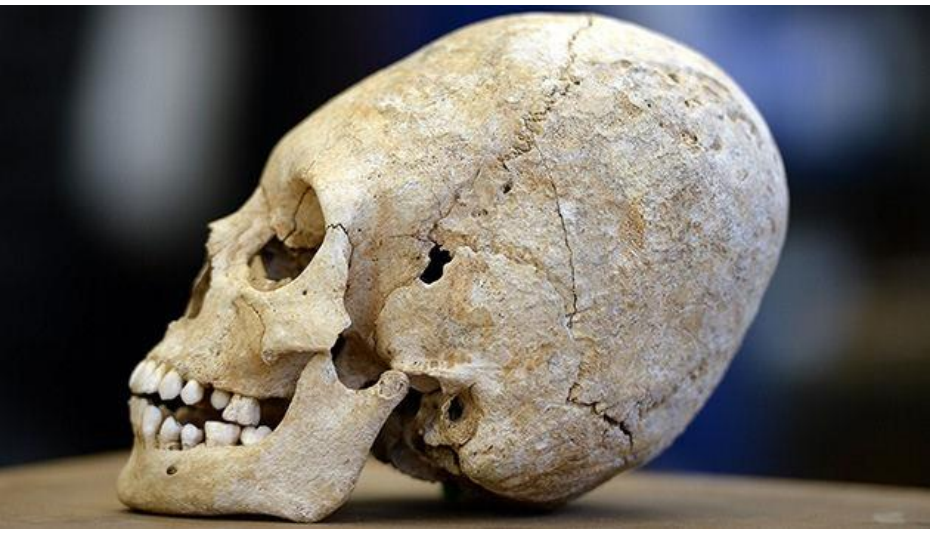
Por lo demás, todavía no teníamos cerrada la excursión al volcán de fuego, y yo notaba a Sebastián algo reticente. Había estado liadísimo el último año y no había tenido tiempo para escalar volcanes. Se sentía inseguro. Le piqué un poco, sabía que en el fondo tenía ganas de ir y necesitaba un empujón.

Trigésimo día. Los museos de Ciudad de Guatemala

Esta noche partiríamos hacia el volcán de fuego, así que decidí aprovechar la mañana para visitar la ciudad y hacer algunas compras. Me dirigí al Museo de Arqueología y Etnología, donde por 60 quetzales tienes acceso a una (relativamente pequeña) colección de estructuras maya y una exposición de trajes regionales y reconstrucciones de los modos de vida típicos del país.

Se pueden encontrar reconstrucciones de frescos, estelas originales, maquetas de lugares importantes del país… Es una visita muy interesante, aunque es cierto que la colección quizás sea un poco pequeña (habrá unas quince salas, en una sola planta).

Después, para continuar con las visitas a museos, me dirigí al museo Popol vuh, situado en el interior de la Universidad Francisco Marroquín (a pesar de haber estado casi diez días en ella, no tuve ni media hora libre para acercarme al museo…). Me acompañó Sebastián, que estaba ese día en la universidad y me explicó el sentido de cada una de las piezas del museo. Se lo sabía de memoria. Me contó que solían venir de pequeños y que, estudiando al lado de él, solía pasarse de vez en cuando.



La entrada cuesta treinta y cinco quetzales, aunque te lo dejan en quince a estudiantes con carnet (de cualquier universidad). La colección de este museo es fantástica. Nada más entrar hay dos cráneos moldeados de los mayas que, según cuentan, estiraban y deformaban desde que eran pequeños para dar un aspecto que consideraban divino a los nobles de las grandes ciudades. Es muy, muy llamativo.

También se encuentran maquetas y reconstrucciones de lugares importantes como Tikal o el Mirador, así como joyas, mapas y esquemas, restos de algunas ruinas… Es una visita muy recomendable.

Por último, el museo Ixchel, de trajes regionales, que se encuentra a pocos metros del Popol vuh, también dentro de la universidad. Tiene los mismos precios y alberga una colección de trajes regionales inmensa. Para mí, fue demasiado, y solo eché un vistazo rápido a los distintos trajes, sin fijarme en los detalles ni leer sobre ellos. Pero a quien le apasione, ahí está.

Rebosante de nuevos conocimientos, decidí bajar un poco al reino de los mortales de nuevo, yéndome de compras. Tenía que comprar una linterna de cabeza para la subida al volcán de fuego, un regalo para un amigo y comida (mucha comida) para la caminata. Lo primero lo encontré en la séptima avenida, entre la novena y décima calle, que está llena de ferreterías y tiendas similares. Me dirigía hacia la plaza de la constitución, donde había cientos de puestos de libros y de artesanía, donde encontré un Su't, o tejido típico muy usado por los mayas como vestido para el día a día, para eventos religiosos o con función de "mochila", especialmente para los bebés (esto lo aprendí en el museo Ixchel esta misma mañana). Como mi amigo estaba esperando un hijo (que más tarde me enteraría de que resultó ser hija), decidí comprarles el Su't hecho y pintado a mano por una mujer de San Juan de la Laguna. Por último me dirigí a un supermercado para comprar todo tipo de comida: barritas energéticas, bocadillos, plátanos, bebidas… Estaba listo para la última excursión: el volcán de fuego.

Trigésimo primer día. Chi'gag: Ascenso extremo al Volcán de Fuego

Si la naturaleza se está vengando, como tos decís,
no entiendo cómo es tan torpe y se equivoca siempre de país.
Toteking
A las víctimas…

Llevaba meses pensando en esta ascensión. Había leído todos los blogs de internet en los que la gente que contaba su experiencia subiendo el volcán y había visto todas las fotos que hay en Google y todos los videos de YouTube de él. Llamé a Sebastián hace meses, que ha escalado varios volcanes, incluido este, para pedirle algo de información. Me dijo que se unía a mí, que lo escalásemos juntos cuando estuviera yo en Guatemala.

Como él estaba liado cuando llegué, decidimos dejar esta excursión para el final del viaje. La verdad es que notaba que estaba un poco reticente a organizar la subida. Me contaba que habían prohibido la entrada al volcán porque unos excursionistas se habían perdido por la noche y habían aparecido congelados, que hay riesgo de erupciones más fuertes de lo normal cuyas cenizas han llegado hasta el Salvador… Vamos, que se lo estaba pensando mejor. Pero le insistí, hasta que el viernes anterior al lunes en el que volvía a España, me escribió: *"hay una salida nocturna mañana, a las 8 p.m. para el volcán de fuego. ¿Vamos?"*. *"Sin duda"*, le dije.

Por 235 quetzales, contratamos una excursión en grupo con guías (entre ellos el mítico Tocayo), transporte y seguridad. Todo estaba listo para la excursión, el único inconveniente era mi condición física… Lluvia, arena, largas caminatas, pendientes pronunciadas, mal de altura… Con todo eso iba a poder, seguro, la mente es más fuerte que la materia, me decía a mí mismo. Pero nunca me había venturado a hacer algo así.

Quedamos a las ocho de la noche en el McDonald de Galerias Primma. Nos insistieron mucho en que fuésemos puntuales, así que nos retrasamos poco más de una hora (tiempo guatemalteco…). Yo, he de decir, llegué puntual. Cuando empezó a llegar la gente empecé a asustarme. Todos estaban hipermusculados, se conocían entre ellos, hablaban de anécdotas de volcanes anteriores… Todos iban equipados con grandes mochilas y ropa térmica, así que decidí quitarme mi camiseta del festival Cultura Urbana 2007 y ponerme mi camiseta térmica del decatlón que había comprado para la ocasión, ya que no he usado este tipo de camisetas en mi vida…

Nos montamos en un autobús que reservaron los de la excursión (éramos unas treinta o cuarenta personas), que nos llevaría hasta la entrada del volcán. Ya de camino nos empezaron a contar cómo era la subida. Tenía entendido que se tardaban entre cinco o seis horas en subir y bajar, pero nos dijeron que tardaríamos entre ocho y diez solo en subir, que la pendiente de la subida era increíble y que si no estábamos en forma nos iba a costar mucho. En definitiva, que esta excursión era para realizar la subida extrema al volcán de fuego, por la ladera más empinada … Decidí hacer como que no escuchaba. Pero escuchaba…

El autobús nos dejó en una carretera que bordeaba el pueblo de Aloatenango, que estaba justo debajo del volcán, a mil doscientos metros sobre el nivel del mar. Estábamos estirando mientras esperábamos a que se bajaran los demás excursionistas cuando Sebastián llamó mi atención: *"¡mira, mira, mira! ¡El volcán!"*. Vimos como el cono del cráter se ponía al rojo vivo mientras escupía una llamarada de fuego a varias decenas de metros de altura. El volcán de fuego…

Comienza la subida nocturna

Comenzamos a andar por una suave pendiente. A los quince minutos, cuando nos habíamos alejado un poco del pueblo, paramos para hacer recuento y para pedir paso al volcán. Hicimos una oración donde pedíamos a la montaña que nos permitiese entrar en ella, que nos diese el vigor para subirla y la templanza para encontrar siempre el camino. Y seguimos andando.

La primera hora subíamos por una pendiente muy moderada, en un paseo muy agradable hasta "el rótulo". Después comenzó una pendiente más pronunciada. Seguía siendo relativamente suave, desde luego era más fácil que la subida al San Pedro. Era de noche, hacía muy buena temperatura para andar (ligeramente fresca) y escuchábamos los rugidos de las erupciones esporádicas del volcán, que parecía llamarnos. Los montañeros hipermusculados se adelantaron, dejándonos a un pequeño grupo rezagado, que decidimos ir a un ritmo compatible con la vida humana. Pero, de repente, la pendiente se hizo extremadamente dura, más pronunciado que unas escaleras ordinarias, hasta el punto de pensar que serían solo unos metros, hasta que el camino recobrase la cordura. Pero pasaban los minutos y la pendiente seguía sin suavizarse. En un momento determinado, Sebastián preguntó cuándo volvía el camino a "lo estandar", es decir, a tener una pendiente dura, pero transitable. Las guías que iban con nosotros respondieron extrañadas: *"ehhh, no… ya es así hasta la cima"*. *"Vaya, no debería haber preguntado…"*, dijo Sebastián.

El "camino" parecía perderse a sí mismo de vez en cuando, quedando completamente cubierto por la maleza o reduciéndose a una mera franja de tierra de unos pocos centímetros formada por torrentes de agua. Las raíces de los árboles atravesaban el camino y muchas veces servían como barandillas a las que agarrarse para empujarse y evitar carse para atrás, mientras que las lianas que pendían de las ramas de los árboles se enganchaban en todas partes, especialmente en la mochila. A la media hora el camino

parecía estrecharse en altura. *"A partir de aquí las mochilas empiezan a enredarse con las ramas, tened cuidado"*. *"Genial, estaba esperando esta parte del camino"*, pensé.

Continuamos una hora más, hasta que llegamos al llamado "mirador", que es una pequeña área plana y sin árboles de unos diez metros de largo por dos de ancho (es lo mejor que se puede encontrar en este lugar). Se puede ver la cima del volcán desde allí, y nos tumbamos unos diez minutos a descansar y ver el espectáculo. Vimos las mayores erupciones de la noche, de magma y piedras incandescentes que se ven descender por la ladera del volcán.

Después de descansar, continuamos andando. Quedarían unas seis horas para la cima (aunque todavía no lo sabíamos, preferíamos no preguntar). Por el camino íbamos viendo los pueblos iluminados de la falda del volcán y las erupciones, cuando no teníamos que gatear para pasar por debajo de algún árbol. Esta parte la disfruté mucho, porque todavía me duraba la emoción de estar cumpliendo un sueño y la voluntad de subir.

Cerca de la cima

Empezaron a contarnos que la última hora y media era la peor, porque llegábamos a la parte de los "arenales", donde uno se resbala hacia abajo constantemente, desmotivándose y cansándose el triple. La cosa mejoraba por momentos. Llevábamos unas seis horas andando y quedaba una hora y pico para llegar a la zona más dura, donde estaríamos una hora y media más. Sin contar la bajada… mentalmente, esto fue lo peor.

Pero por fin llegamos a los arenales. Gracias a la humedad, la arena estaba especialmente compactada y no fue excesivamente duro (no más de lo normal). Sencillamente, teníamos que pisar con más cuidado, asegurando bien cada paso y

haciendo un poco de presión para apelmazar la tierra que pisábamos. En esta zona, por el cambio de rasante o la curvatura o la pendiente o lo que sea, la cima parecía estar constantemente a escasos metros de nosotros. Era una ilusión que se descubría a los pocos minutos de ver que, por mucho que se andaba no nos acercábamos a ella, pero no dejaba de ser reconfortante. Desde aquí pudimos ver perfectamente el volcán Acatenango (que está unido al volcán de fuego por la base), y se empezaba a ver el valle del pueblo Aloatenango con el volcán de agua detrás.

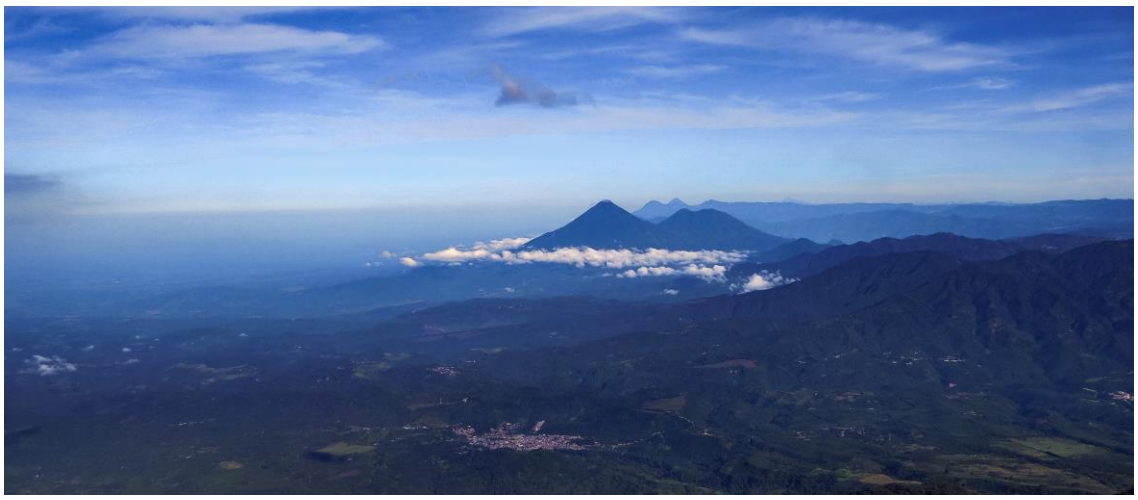
Cuando estábamos llegando a la cumbre, nos encontramos con los primeros del grupo, que se habían adelantado. Estaban esperando a que se despejase la cumbre, a unos metros de ella. Llegamos y nos sentamos a descansar con ellos, colocándonos nuestros abrigos para luchar contra el frío de las alturas. El grupo se había unido de nuevo.

A los cinco minutos de estar esperando, la nube que llevaba una hora tapando la cumbre se despejó. Todos empezamos a hacer fotos del cráter y muchos gritaron de emoción. *"¡A la cumbre!"*, gritó el guía principal, Tocayo, y salimos todos corriendo. Habíamos cumplido el objetivo, eran las ocho de la mañana. Tres mil setecientos metros de altitud. Habíamos subido un desnivel de dos mil cuatrocientos metros en nueve horas.

Nos quedamos alrededor de una hora disfrutando de las erupciones del volcán y de las vistas, en las cuales se veía casi toda Guatemala: la costa del pacífico, el lago Atitlán con varios de sus volcanes, el valle y el Tajumulco y el Tacaná al fondo, haciendo frontera con México, en uno de los costados del volcán, mientras que al otro se veía el pueblo de Aloatenango (de donde habíamos partido, que estaba lejísimos), bajo el volcán de agua en primer plano, el Pacaya al fondo y las montañas y varios valles donde se encontraban Antigua y Ciudad de Guatemala, entre otras, en el otro costado. Esta vista se extendía hasta el Salvador, cubriendo todo el país en longitud.

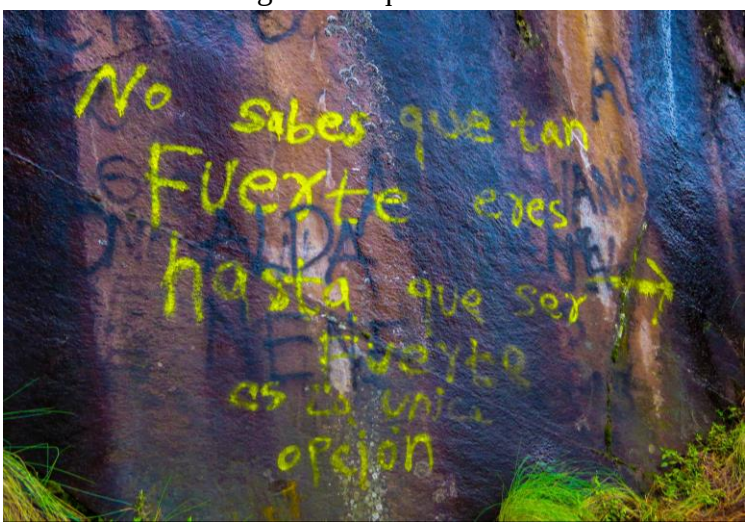
Nos acercamos lo más posible, aunque con cierta cautela, al cráter, ya que cada dos o tres minutos escuchábamos una erupción y veíamos decenas de piedras de un

tamaño considerable saltando por los aires, por no hablar del magma que sabíamos que caía por la otra ladera del volcán. En un momento determinado, le pregunté a Tocayo hasta donde podíamos acercarnos, y me señaló un punto en la cordillera. Cuando me dirigí hacia el volcán, el guía me dijo: *"¡espera! Si oyes que erupciona y estás allí, no salgas corriendo"*. ¿Ein? *"Tienes que pararte, mirar hacia arriba, y si viene alguna piedra sobre ti, intenta esquivarla"*. Nos echamos a reír varios que le escuchamos. *"¿De qué os reís?"*, preguntó, *"lo digo en serio. Mirad, todas estas piedras que están a nuestro alrededor han sido de erupciones pasadas. Si sales corriendo sin mirar hacia donde te puede caer una piedra encima".* Ufff…. Nos quedamos pensando si ir o no. Con cautela, pero fuimos.



El descenso

Bajamos hasta la horqueta que conectan el volcán de fuego y el Acatenango y desayunamos ahí (ya serían alrededor de las nueve y media de la mañana). Media hora después comenzamos a bajar. La verdad es que el descenso continúa subiendo un poco, lo cual es desesperante… Teníamos que alcanzar un camino que bordea el Acatenango y cruzarlo hasta el otro lado, para descender a Aldea la Soledad. Este camino es precioso e infinitamente más agradable que el de subida extrema. La flora va cambiando a medida que se bordea y se desciende el volcán, pasando por zonas húmedas, áridas, un pinar, pequeños arbustos por un lado, una zona selvática por el otro y, al final, campos de cultivo de maíz. Un grafiti en las pared te anima a continuar: *"no sabes qué tan fuerte eres hasta que ser fuerte es tu única opción"*. Bien dicho. Sigamos adelante.



Muy bonito el descenso, pero tardamos alrededor de ocho horas en bajar. La última hora y media parecía interminable y los guías nos decían cada diez minutos que sólo quedaban diez minutos más…

Al fin, llegamos a Aldea la Soledad, donde nos esperaba el autobús de regreso. También encontramos un puesto de comida casera donde todos pedimos varias dobladas de carne con guacamole y algunas bebidas. Juré no dar un paso más hasta el mes que viene.

Trigésimo tercer día. Regreso a España

Ya con ganas de volver a España, la vuelta se hizo rápida y transcurrió sin incidentes. Echaba de menos muchas cosas de aquí: mi familia, mis amigos, la variedad de sus comidas, mi pueblo… sobre todo, las cosas conocidas. Descubrir el mundo es lo más gratificante y bello que existe, pero es tremendamente cansado. La constante incertidumbre, la tensión que te hace estar siempre en alerta, que todo el mundo te trate como turista… Volvía contento, y con la sensación de haber exprimido los días en Guatemala al máximo, recorriendo cada uno de sus rincones, desde sus lugares naturales hasta sus poblados más alejados de todo. Un país para volver, sin lugar a dudas.

Conclusiones

Meses después de haber terminado el viaje, me siento con ganas de escribir las conclusiones. Después de tantas experiencias vividas, entender qué es lo que ha pasado es complicado. Las ideas necesitan su tiempo para asentarse y presentarse claras. Es como el café turco, recién hecho es burdo, denso y turbio, pero con el tiempo se va aclarando. Las ideas también hay que dejarlas reposar.

Lo más llamativo y claro que he aprendido de esta experiencia es ver cómo vive la gente de Guatemala. Sin contar las zonas más desarrolladas, donde el estilo de vida es relativamente similar al occidental, el mundo nativo me ha fascinado. Su concepción de la vida y del trabajo es algo a lo que tenemos que darle vueltas en occidente. Te hacen pensar si tiene sentido trabajar doce horas al día, acostarte con agobio, despertarte de prisa y corriendo habiendo dormido poco, que te salga una hernia del esfuerzo con los años… Todo ¿para qué? La mayoría de la gente en occidente vende su fuerza de trabajo, que es lo único que tiene, para producirle beneficios a otro. *"Unos trabajan de a trueno, y es para otros la llovida"*, que dice Atahualpa. Y quienes tienen la suerte de trabajar para sí mismos trabajan una cantidad de horas que hemos normalizado, pero que no es normal. Vivimos para el trabajo y estamos enfermos de él, enfermos de trabajo.

Los nativos centroamericanos (lo que yo he podido ver y contrastar hablando con ellos y otras personas que les conocen) no trabajan tanto. A lo mejor trabajan dos horas al día limpiando una casa o cuidando niños (de alguien que trabaja ocho o diez horas y no tiene tiempo ni para limpiar su casa o cuidar a sus hijos), como guías turísticos o, sencillamente, pescando y consiguiendo alimento. Y el resto del tiempo viven. Con sus hijos, con su familia, con sus amigos o sencillamente tumbados en una hamaca. Cierto es que no tienen móviles de última generación, ni coches, ni una casa espectacular con piscina, ni agua caliente en algunos casos. Pero la pregunta es: ¿merece la pena?

Para mí, esto no queda como una conclusión extasiante y pseudoprofunda que contar a quienes me pregunten qué tal el viaje, a modo de quien dice que viajar a la India le ha cambiado la vida y sigue viviendo exactamente igual. Para mí es una auténtica duda. Quizás la solución sea *"ganar dinero del sistema haciendo música contra el sistema"*, como diría Nach, que puede ser traducido por la famosa frase de "convierte tu pasión en tu trabajo y no tendrás que trabajar nunca". Eliminar la enfermedad del trabajo dedicándote a aquello que amas, aunque sean diez horas diarias. Es bordear el sistema, en cierto sentido. Estando dentro, no lo estás del todo. La otra opción es dejarlo todo e irme a vivir a Santa Catarina de Palopó. Hay que darle vueltas.

La segunda experiencia que me llevo, sin lugar a dudas, es el gusto de haber tenido la oportunidad de conocer a su gente. Su amabilidad, su disposición a ayudar, su carácter templado por un clima constante… en definitiva, su bondad, te desarma. Leí a un rabino (cuyo nombre no recuerdo) decir que el verdadero amor es dar. No das porque amas, sino amas porque das. Te entregas al otro y, así, le amas. Si esto es cierto, los guatemaltecos saben amar. Te llegan a hacer sentir vergüenza por todo lo que son capaces de dar por ti, sin pedir nada a cambio, sin dudarlo ni un segundo y sin que tú les hayas dado nada. La experiencia de un amor puro, desinteresado.

Por otro lado, me he descubierto a mí mismo como montañero. A mí no me apasiona el senderismo y nunca había hecho nada serio en montaña hasta este viaje. Sin embargo, he descubierto algo mágico. Místico. No es algo que sea capaz de explicar. Después de diecisiete horas de caminata, más de treinta kilómetros de longitud y alrededor de 2400 metros de desnivel, lo que uno siente cuando llega a la cima del volcán de fuego y lo ve rugir a pocos metros es, sencillamente, indescriptible. No es solo el logro de haberlo escalado, el orgullo y la satisfacción, no es la belleza puramente estética de sus vistas, no es la simbología de estar sobre un gigante, mirando a otros gigantes a los ojos, no es la sensación de pequeñez y grandeza al mismo tiempo, no es la fusión con la montaña y la naturaleza, no es el sentirse uno con otro y con el todo… es todo eso y algo más. Es una sensación que solo había tenido al llegar al Sahara, el pensar: *"yo, ahora, soy aquí. Soy esto y, de ahora en adelante, estoy aquí, siempre. Cuando me pierda y quiera encontrarme de nuevo, tendré un lugar al que venir y recordarme quien soy"*. En palabras de Tocayo: *"las montañas no son espacios donde practicamos nuestro deporte, son catedrales donde nos entregamos a nuestra religión"*.

Y, en último lugar, el mero hecho del viaje. El pensar que el mundo y tú sois uno, que todo está al alcance. La sensación de ir donde quieres, de recorrer poco a poco cada recóndito lugar del mundo, de ir desvelando poco a poco el misterio e ir fundiéndote con él. Conocer y, especialmente, la sensación de poder, de saber que puedes entregarte al saber. Sólo hay que tener decisión. Ni siquiera coraje, sino libertad. La sensación de ser libre, de ser, en definitiva, uno en el mundo.